BOLSILIBROS BRUGUERA

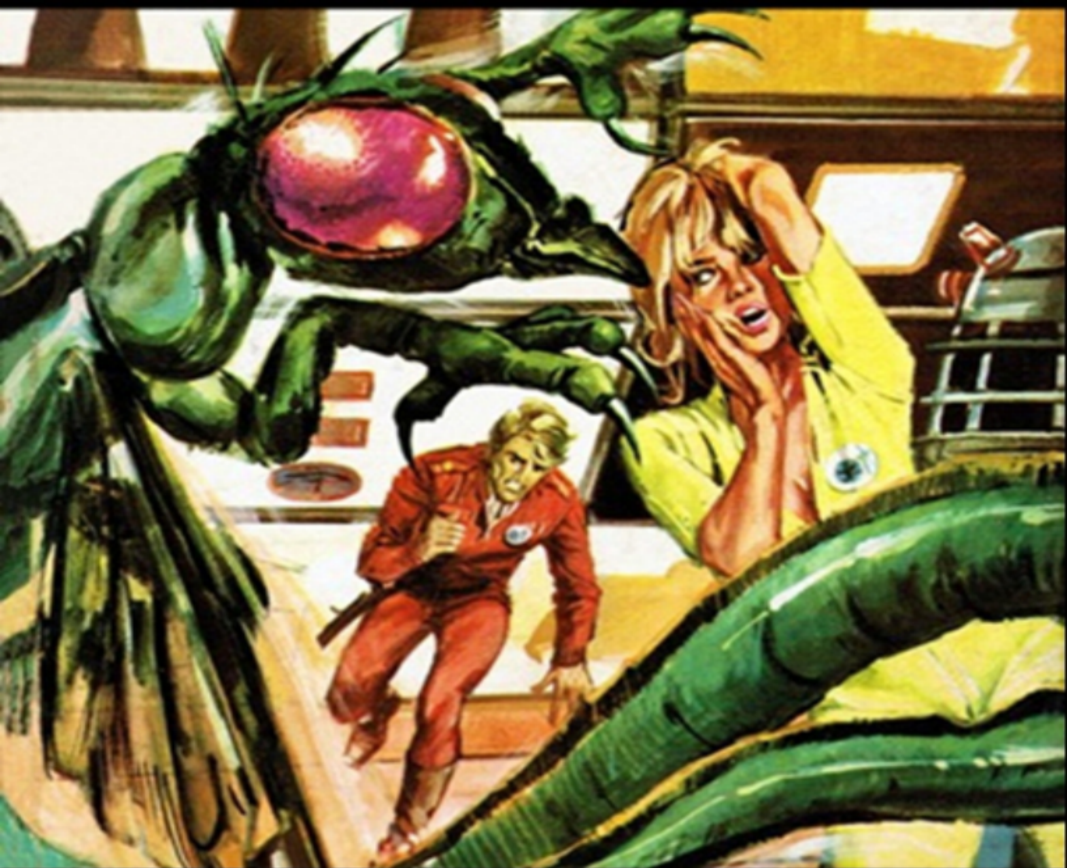
CIENCIA FICCION

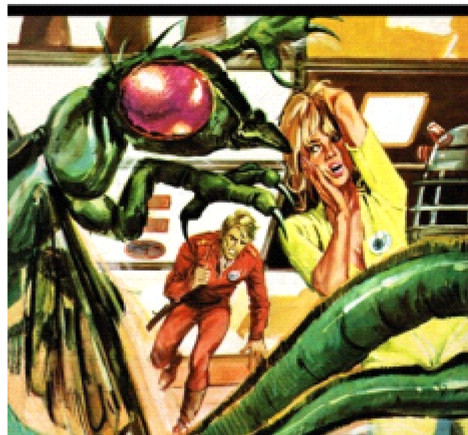
SERIE la conquista DEL ESPACIO

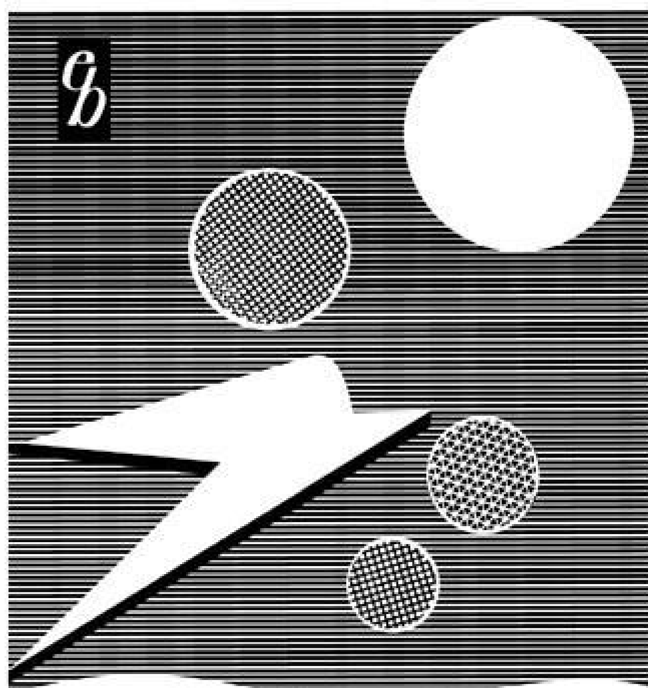
SKYLAB - 2005

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION




BOLSILIBROS
BRUGUERA
CIENCIA
FICCION
SERIE
la conquista
DEL ESPACIO
SKYLAB - 2005
CURTIS GARLAND
CIENCIA FICCION



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

232 — *La organización*. Marcus Sidereo.

233 — *El rey de la Tierra*. Glenn Parrish.

234 — *Lo que ocurrió… ¡mañana!* Curtis Garland.

235— *Después de la invasión*. Marcus Sidereo.

236 — *Los bicéfalos.* Glenn Parrish.

CURTIS GARLAND

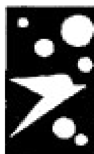
SKYLAB-2005

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 237

Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 52.857 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: febrero, 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así coma las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

La conquista del espacio no es la obra de un solo país, de una raza o de unos pocos hombres de alguna parte.

La conquista es obra de todos. No importa de quiénes ni de cuántos…

CAPÍTULO PRIMERO

Era una corta historia la suya.

Había comenzado en 1973, sólo hacía de ello treinta y dos años. Entonces, el primero de ellos salió al espacio.

El primer Skylab. El primer intento de estación espacial norteamericana. Ya antes, en el mes de abril de 1971, los soviéticos habían lanzado su primera nave similar, algo menos perfecta y de menor tamaño: la Salyutt.

Posteriormente, a lo largo de tres décadas, ambos países habían procedido a ir situando en órbita, durante determinados espacios de tiempo, a sus científicos espaciales, dentro de la cápsula flotante. Los cien metros cúbicos del habitáculo ruso habían pasado a ser trescientos cuarenta y siete en la nave norteamericana, con treinta y seis metros de longitud por los veinte de la soviética. Pero todo eso había sido sólo la prehistoria de la estación espacial, fuera cual fuese su nacionalidad.

Ahora, las cosas eran muy diferentes. En el año 2005, con la Tierra amenazada por una serie de peligros inminentes, ninguno de los cuales era la tan temida guerra nuclear total, o las conflagraciones internacionales presentidas por los pesimistas, la ciencia astronáutica había lanzado su obra maestra. El orgullo de los conquistadores del espacio.

El Skylab 2005, exactamente.

* * *

«SKYLAB 2005».

Era lo único que figuraba en su exterior, con grandes letras luminosas, visibles en el negro espacio exterior.

Y debajo de esas letras, cuatro banderas en hilera: una, la primera, era la de las Naciones Unidas. Simbolizaba a todo el planeta, sin distinción de nacionalidades ni razas. Las otras tres, correspondían a las potencias colaboradoras en la magna empresa. Tres países, con tres tripulaciones unidas. Y con tres recursos científicos y técnicos unificados.

Estados Unidos, Unión Soviética… y República Popular China.

Eran los tres grandes del espacio en el siglo XXI. Por encima de cuestiones ideológicas, raciales o políticas, ellos habían lanzado al cosmos aquella gigantesca estación espacial. Ya los cien metros cúbicos de los rusos, o los trescientos cuarenta y tantos de los americanos, eran cifras perdidas en el pasado, inicios en la historia de una nueva empresa espacial.

El Skylab 2005 poseía dos mil metros cúbicos de capacidad. El habitáculo poseía ciento treinta y ocho metros de longitud. Su porte total era de tres mil cien toneladas. Un coloso del espacio.

Aquél era el Laboratorio del Cielo, como bien decía el nombre abreviado de la estación, cuya mención era en lengua inglesa por votación colectiva. Los tres países estuvieron de total acuerdo de aplicarle ese nombre, acaso por la propia internacionalidad del idioma inglés.

Pero dentro de la nave, rusos, norteamericanos y chinos poseían una idéntica importancia y autoridad. La jefatura o comandancia de la nave era alterna, sucediéndose uno de cada país, en períodos de diez días. Cada mes, se había cumplido el ciclo: tres jefes se sucedían inexorablemente: un soviético, un chino y un norteamericano.

Al mando de cada uno de ellos, ocho personas exactamente.

Porque los ocupantes de la nave eran exactamente nueve, en igualdad de proporción. Tres por cada país.

De ellos, se podía hacer una segunda división puramente sexual: había seis hombres. Y tres mujeres.

Esa era la tripulación del Skylab 2005. Ellos eran los encargados de la magna obra cósmica del hombre, cara al futuro, en los albores del siglo XXI.

Abrir los caminos del cielo. Y por ellos, devolver a la humanidad lo que estaba perdiendo: aire respirable, alimentos, vegetación, vida y esperanza…

Todo eso. Nada más que eso. Nada menos que eso.

* * *

Era el turno del comandante Alexei Fedov, de las Fuerzas Astronáuticas Soviéticas.

Llevaba dos días de servicio como jefe a bordo. Había sustituido al coronel Mark Harriman, de la NASA. A él le supliría el comandante Wong Lai, de la China Popular.

Eran los jefes de a bordo durante el tiempo que durase la permanencia en órbita en torno a la Tierra. Y eso no había hecho más que comenzar. Eran muchas las duras jornadas de apretado trabajo que les esperaban: estudios de física solar, observación de la Tierra, evaluación de recursos naturales, ingeniería y fabricación, astrofísica, experimentos de todo tipo sobre ciencias de la vida, y cosas similares. Era la tarea habitual de cualquier laboratorio del espacio.

Pero ellos tenían otra labor más compleja y confidencial que realizar. Algo que el ser humano desconocía, allá abajo, en la azul superficie del planeta Tierra.

Y precisamente ese aspecto de la cuestión era el que más preocupaba a todos ellos, dentro de las colosales proporciones de nave gigante de los cielos que era el Skylab 2005.

El comandante Fedov terminó de redactar el parte del día en la ficha plástica, y la introdujo en el aparato electrónico, tras haberlo escrito en signos magnéticos con la liviana máquina de grabar textos de a bordo. Eso simplificaba las cosas: ni dictáfonos, ni máquinas de escribir, ni siquiera lápiz o pluma. Bastaba pulsar las teclas del grabador, con el texto que se deseaba grabar en las bandas magnéticas. La computadora memorizaba todo aquello, aunque posteriormente fuese destruido o borrado.

Ingirió una cápsula de hidratos para calmar su sed, y contempló en la hilera de pantallas televisoras de a bordo, todas ellas

estereoscópicas y en color, las imágenes exteriores, los datos técnicos de a bordo, y las constantes ecuaciones y cálculos de los sistemas de cómputo, sobre presión, velocidad, registros médicos, investigación científico-cósmica, estado de mecanismos de a bordo y tecnología en general que afectase a la nave- estación.

Todo funcionaba perfectamente a bordo. No había nada que se saliera de lo normal.

El comandante Fedov controló la hora de las diversas regiones terrestres y la de a bordo. Más por simple rutina que por otra cosa. Luego, se encaminó a los cubículos destinados a investigación. A estas horas, el profesor Chang Hu estaría trabajando en los análisis de una serie de datos y cifras últimamente logrados por los mecanismos investigadores de a bordo, junto con el doctor Lomax, de la Academia de Ciencias Naturales de California.

Tal vez ellos estarían cerca de conseguir el dato definitivo. Aquel que estaban buscando desde que el Skylab 2005 remontara su vuelo orbital en torno a un planeta que, angustiosamente, ocultaba a sus propios habitantes la más crítica de las necesidades existentes en los inicios del siglo XXI. Un dato que causaba miedo a los propios ocupantes de la estación espacial científica.

Un dato que, tal vez, significaría la diferencia entre la esperanza y el desaliento, entre la contemplación optimista o desesperada del futuro inmediato de los humanos.

En estos momentos, solamente ellos estaban en el secreto. Ellos, y sus mandos en la Tierra. Pero la gente, nada sabía al respecto. De lo conseguido en aquel vuelo espacial, dependía que la información fuese difundida... o celosamente ocultada hasta el fin.

El jefe de a bordo se detuvo ante el corredor cilíndrico, de vidrio plastificado y luminoso, que conducía al cubículo de investigación científica de los recursos naturales y del medio ambiente terrestre. Era, de todas las instalaciones de a bordo, el más amplio laboratorio existente. Quizá porque en él estaba previsto que se diera solución al gran problema que forzó a los humanos a lanzar el Skylab 2005, corno máxima hazaña de la ingeniería astronáutica mundial.

Una banda móvil, aplicada para reducir el esfuerzo físico personal de los ocupantes de la estación, le condujo hasta el final del pasillo circular. Su funcionamiento no afectaba a la producción energética de la nave, ya que las células solares recogían sobrada energía para cuanto precisaran a bordo, e incluso parte de ella se perdía luego, sin

utilidad alguna, dada la gran capacidad de los paneles solares exteriores.

La vidriera de acceso se deslizó. Entró Fedov en el laboratorio de investigación. Alzaron la cabeza el profesor Chang Hu y el doctor Lomax, sin detenerse en su tarea.

—¿Algo nuevo, caballeros? —indagó Fedov.

—Nada definitivo —suspiró Lomax, pensativo.

—Espero que no tardemos en obtener datos precisos —añadió el oriental—. Pero no me gusta lo que estoy viendo hasta ahora.

—A mi tampoco —convino secamente Lomas, frotándose el mentón.

—Eso ¿qué significa? —se interesó el comandante soviético.

—Ya se lo puede imaginar: significa lo peor.

—Lo peor…

Fue lo único que se le ocurrió decir a Fedov: repitió el final de la frase de Lomax, el norteamericano. Lo hizo lenta, glacialmente. Con aire aturdido.

El silencio se hizo tenso en el bien iluminado laboratorio, aséptico y deslumbrante en sus instalaciones y paneles fluorescentes. Aquellos tres hombres, situados a distancia orbital de la Tierra, parecían meditar sobre una misma cosa. Sobre un incierto y trágico futuro para el ser humano. Algo que se pretendía evitar. Pero que quizá no estuviera en sus manos conseguirlo.

—¿Se podrá confirmar algo en breve plazo, doctor? —preguntó a Chang Hu.

—No lo sé, comandante. Lo estamos intentando, pero no va a ser fácil.

—Los datos resultan confusos —alegó Lomax, ceñudo—. Quizá nuestros resultados sean demasiado vagos para quienes han de poner los medios en la Tierra. Sería preciso aportar evidencias, pruebas indiscutibles, que les hicieran tomar medidas inmediatas y drásticas.

—Hemos de intentar dar con esos resultados definitivos. Es preciso probarles la realidad en toda su crudeza, si es corno hemos imaginado, señores —insistió Fedov.

—Por eso estamos trabajando en ello —suspiró Chang Hu con serenidad propia de su raza, impávido como sí el asunto a estudiar no tuviera mayor trascendencia—. Y seguiremos en ello aunque sea dura me un día más, sin permitirnos un leve reposo, comandante.

—¿Tan urgente creen que es?

—Más aún: es imperioso —afirmó Lomax—. Creo que de la rapidez en conseguir datos específicos y concretos, depende quizá todo.

—¿Y… qué es ***todo***? —trató de puntualizar Fedov, con voz tensa.

Los dos científicos le miraron. Hubo como una vacilación en ellos, antes de que decidieran hablar. El que lo hizo, fue Lomax:

—El caos, comandante —murmuró—. El desastre total. El fin.

—El fin… de todos nosotros —corroboró Chang Hu.

Fedov asintió despacio. Ahora lo entendía. Lo había sospechado ya antes. Ahora, esto era la confirmación.

Una terrible confirmación, después de todo.

—Esta noche haremos asamblea —dijo—. Logren lo que logren hasta entonces, a la hora de la cena, dispondremos de una hora más de sobremesa, para la asamblea general. Se expondrán los hechos con sus conclusiones provisionales, antes de resolver lo que se decide. Después, se dará información oficial a la estación de escucha terrestre. Pero creo que, dada la situación, conviene que todos sepan lo que puede suceder de un momento a otro. Cuando subimos a esta nave en tres expediciones cósmicas que partieron de Cabo Cañaveral, del Cosmódromo de los Urales y de la Ciudad Espacial de la Mongolia interior, creíamos que todo era una pura sospecha, un simple temor sin auténtica base científica y real. Por desgracia, parece que todo va confirmando la existencia del peligro. De un peligro imprevisible para nuestro mundo, en los momentos actuales. Dado el curso de las investigaciones, creo imprescindible cambiar impresiones ampliamente. Y luego, informar en la forma debida.

—Muy bien, comandante —suspiró Lomax—. Pero las Naciones Unidas y los gobiernos de la Tierra, no creo que nos hagan mucho caso en todo ello, desgraciadamente.

—Incluso entonces, eran escépticos en ello —afirmó Chang Hu—. Solamente los científicos temíamos lo que podía suceder. Los políticos no tenían fe en nuestros temores. Ni creo que los acepten ahora, de no mediar esas pruebas rotundas que mencionaba antes el doctor Lomax.

—De todos modos, nuestra misión es informarles. Luego, las decisiones dependerán de ellos —habló Fedov—. Recuerden: esta noche no falten a la hora de la cena. Dejen su investigación. Dejen todo servicio. Nosotros no tenemos día ni noche a bordo, dada nuestra situación orbital. Pero el horario convencional del Skylab nos proporciona esa supuesta velada. No dejen de acudir a la sala central. Quiero que todos cambiemos impresiones sobre la situación.

—Sí, comandante —afirmó Chang Hu—. Estaremos allí.

* * *

Estaban todos. Los nueve miembros del Skylab 2005.

Reunidos en torno a la mesa ovalada de la Sala Central. La cena había terminado.

Excepcionalmente, se habían servido alimentos de día festivo o especial. Todos ellos de envases metálicos, previamente deshidratados para su preparación. Incluso se habían disuelto cápsulas de vino concentrado, en la dosis correspondiente de agua.

La cena, por tanto, era fuera de programa. Todos se preguntaban por qué. En el calendario especial de a bordo, la fecha no figuraba como festividad alguna. Se respiraba una expectación inusitada a bordo. Una excitación rara, común a todos los presentes.

Esperaban algo. Y ni siquiera sabían qué era. Pero los seis miembros restantes, sabían de dónde podían proceder esas nuevas imprevisibles: del comandante Fedov, como responsable de la disciplina de a bordo en esa decena. Y del profesor Chang Hu y el doctor Lomax, como investigadores especializados en ciertas materias.

La cena había tocado a su fin. Se sirvió café a todos los presentes. Bajo las luces lechosas, radiantes, los nueve comensales esperaban el momento.

Y ese momento parecía haber llegado al fin.

Eran nueve rostros preocupados. Quizá el que más lo demostraba era el propio comandante Fedov, que convocara la asamblea, como jefe de turno a bordo. Por eso los demás le contemplaban expectantes, inquietos. Preguntándose qué era lo que el soviético iba a decir, y que, sin duda alguna, debía tener una enorme trascendencia, a juzgar por los preparativos previos a la información y el intercambio de opiniones.

Se agotaba el café y algunos de ellos fumaban cigarrillos, en el salón dotado de gravitación artificial que evitase engorrosos problemas por la carencia de gravedad sobre líquidos y sólidos, cuando el comandante Alexei Fedov tosió brevemente, se inclinó sobre la mesa oval, que brillaba tersa bajo la claridad, para decir con calma:

—Señores, ustedes saben que sucede algo.

Hubo asentimientos acá y allá. Tres rostros americanos, tres rostros aceitunados y dos tan rusos como el suyo mismo, se fijaban en él. Los estudió, uno por uno. Desde el doctor Steve Lomax, de la NASA, hasta la profesora Nina Kedrovna, del Instituto de Ciencias Espaciales de la URSS, pasando por el coronel Mark Harriman y la ingeniero electrónico Velda Lane, también norteamericanos, el piloto Iván Dmitrik, su compatriota, y los tres miembros de la China Popular, el profesor Chang Hu, el comandante Wong Lai y la doctora Mai Kiang, experta en Meteorología de 1a Universidad de Pekín.

—Si —afirmó ésta con serenidad—. Sabemos que sucede algo, comandante. ¿Qué es ello?

—Nada bueno, supongo —terció Mark Harriman, coronel de las Fuerzas Aéreas USA.

—Nada bueno, en electo —convino secamente Fedov.

Hubo un silencio difícil. Se miraron algunos entre sí.

—¿Nos afecta a nosotros? —indagó Velda Lane.

—Nos afecta a todos, señorita Lane.

—¿Qué significa ***todos***, comandante? —quiso saber apaciblemente su colega Wong Lai, de las Fuerzas Aéreas chinas adscritas al Proyecto Espacial Fraternidad, de colaboración humana internacional.

—Lo que usted supone —suspiró Alexei lentamente—. Todos. Nosotros, a bordo de esta nave, y… la Tierra entera.

Ahora, el silencio fue más largo y profundo. Hubo un hálito de inquietud en la reunión. Por unos momentos, nadie supo qué decir, exactamente.

—¿Quiere decir que… corremos algún peligro?

Era el piloto Iván Dmitrik quien hiciera la escueta pregunta, con su frialdad habitual, que asomaba al azul celeste y casi ingenuo de sus ojos inteligentes y vivaces.

Su compatriota Fedov le contempló fijamente. Afirmó despacio.

—Nosotros, mientras estemos aquí, no parece que corramos el menor riesgo —puntualizó—. Pero recuerde que, aparte depender de nuestros propios mandos autónomos, estamos controlados desde las bases terrestres americanas, rusas o chinas. Y ahí puede estar lo grave, amigos míos.

—¿Debo entender, por esas palabras, que el riesgo es… de ***guerra***? Guerra mundial, quiero decir.

—No —negó Fedov—. No es una guerra lo que nos amenaza.

Hubo cierto alivio en todos. Pero, al mismo tiempo, la incertidumbre y la perplejidad subieron de grado. Cambiaron miradas de extrañeza.

—¿Entonces…? —dejó su frase en el aire el coronel Harriman.

—Vean, por favor —rogo el comandante Fedov—. He preparado un gráfico con dibujos de la computadora, antes de reunimos aquí a cenar. Creo que conviene que los vean, antes de formular cuestión alguna directa. Eso les dará una idea más exacta de lo que el doctor Lomax y el profesor Chang Hu han creído descubrir desde el Skylab.

Se incorporó, rodeando la mesa, y pulsó un resorte mural, abriéndose una pantalla de vidrio para proyecciones especiales electrónicas. Sobre ella, los puntos de los electrones trazaban dibujos o diseños a gusto del ilustrador, manipulando éste unos controles muy manejables y sencillos.

Primero trazó la esfera terrestre y sus diversas capas atmosféricas, hasta la exosfera y el espacio exterior, señalando con una letra S roja la situación del Skylab, a distancia orbital de la Tierra, pero lejos de la capa de nubes y de gases que envolvían al planeta.

Luego, diversas líneas de color fueron marcando los diversos niveles atmosféricos, bajo la atenta mirada de los viajeros que, con él, compartían el periplo espacial del laboratorio celeste.

—Vean atentamente: la línea azul marca la atmosfera superior. Las líneas amarilla y blanca, progresivamente, las capas inferiores de la atmósfera, hasta ras de tierra, donde respiran animales y seres humanos. Ahora, vean esto.

Se trazó una nueva línea circular, más gruesa, de color violeta, en torno a la roja exterior. Luego, se produjo una especie de «succión» de líneas, y los círculos se abrieron, dando paso a la línea violeta, que

penetró rápida, descendiendo hasta donde antes se hallaba la blanca, que ascendió a capas superiores, hasta disolverse totalmente.

La franja morada tocó la esfera terrestre. Y creció gradualmente, hasta ocupar la totalidad de la atmósfera, engullendo virtualmente a las demás. Luego, el dibujo electrónico se inmovilizó.

Todos miraron aquel gráfico móvil, y luego volvieron sus ojos sorprendidos hacia Fedov. El ruso respiró con fuerza. Estaba pálido. Alrededor de la esfera terrestre, que había tomado una coloración purpura, lejos de aquel campo variable de líneas de color, flotaba la roja S del Skylab.

—¿Y bien? —jadeó Dmitrik—. ¿Que significa ese bonito juego, Alex?

—Significa algo espantoso: quizá el fin de la vida humana y animal. Un horror indescriptible. Esa línea gruesa, color violeta, indica la clase de aire respirable que va a descender paulatinamente sobre la superficie terrestre, a través de una especie de tromba o columna de entrada en las capas atmosféricas inferiores, hasta enseñorearse de la Tierra.

—¿Y dónde está el mal? —se inquietó la doctora Mai Kiang—. Como meteoróloga, ignoro que ese fenómeno pueda provocar tifones, tornados o cataclismos semejantes…

—No, doctora. No es eso lo que significa la ancha línea púrpura, sino… algo infinitamente peor, y contra lo que no habrá remedio, a menos que nos escuchen y traten de tomar medidas desesperadamente, con una rapidez realmente vertiginosa.

— Termine de una vez, comandante —pidió con frialdad el coronel Mark Harriman, acercándose a él y mirándole serenamente—. ¿De que se trata, con exactitud?

—De aire… Aire nocivo. Sin apenas oxígeno respirable —informó lentamente Fedov, clavando sus ojos en su colega norteamericano—. Y no es eso lo peor, coronel. Es que además de la paulatina sensación de asfixia…, ese aire producirá algo espantoso en todo ser viviente que toque. Esa atmosfera que está a punto de descender sobre la Tierra y extenderse sobre ella PRODUCE LA LOCURA.

CAPITULO II

—La locura...

—Sí, la locura, Harriman. ¿Tan raro le suena eso?

—Mucho —suspiró el americano—. Creí que era algo como la lepra, totalmente descartado de la moderna civilización.

—Siempre se habla de males medievales erradicados definitivamente de la faz de la tierra —sonrió tristemente Fedov—. Pero no en todos los casos es verdad, amigo mío.

—Existen casos aislados de demencia, lo admito. Incluso millones de psicópatas, neuróticos y chillados. Pero locura, lo que llamamos realmente locura... y como una plaga...

—¡Locura, Harriman! ***¡Locura total!*** ¿Es que no lo entiende? —se exaltó Fedov, agitando las manos—. Una peste mundial. Un caos. Imagínese a las ciudades invadidas por dementes. Los pueblos, las carreteras, los mandos, los puestos de responsabilidad... Los animales domésticos o las fieras de la selva o de los zoológicos... Todos, ***todos*** dominados por la locura. ¿Qué sucedería?

—Dios mío, lo he pensado ya... y no quiero ni imaginarlo —jadeó Harriman, pasándose una mano por el rostro sudoroso—. Sería espantoso. Guerras, desastres, choques, muertes, violencia, asesinatos, odio desatado, estupidez suicida... ¿Hay algo capaz de producir realmente eso, amigo Fedov?

—Si, lo hay.

—¿Una..., una droga?

—Algo así. Un gas.

—¡Un gas! ¡Un arma bacteriológica! —desorbitó sus ojos Harriman.

—Eso es —Fedov insinuó una sonrisa—. No, no me mire así. No fue Rusia.

—Ya... —Harriman receló otra explicación—. ¿Ellos? ¿Los chinos?

—No, no —rió de buen grado el soviético—. No se enemiste previamente con el profesor Hu, con el comandante Lai o con la doctora Kiang precipitadamente. Ellos tampoco lo crearon.

—Entonces..., ¡cielos! Hemos sido nosotros...

—Coronel Harriman, creo que padece complejos de guerra fría aún. Se empeña en buscar un culpable, un arma letal y cosas así. No, no es eso exactamente. El invento es alemán.

—¡Nazi!

—Oh, por Dios, Harriman, sigue usted con su psicosis propia sobre esas cuestiones… —no pudo evitar una suave carcajada—. El profesor Jaffe Cyad era un serbio-alemán, de sangre austríaca, de gustos austrohúngaros y de raza judía… que sólo buscaba el bien de la humanidad cuando ya el nazismo era historia, y la guerra Fría un recuerdo ingrato en nuestras mentes. El creó un nuevo elemento para combatir algo que acababa con el mundo.

—¿Alguna enfermedad?

—La peor de todas: la contaminación. Supo que había un gas capaz de diluir el aire polucionado sobre las ciudades. Lo cómico, y trágico a la vez, es que lo logró. Terminó con la contaminación de un área previamente pulverizada de bacterias, gases y toda clase de tóxicos habituales en las grandes aglomeraciones urbanas. Pero por desgracia, su invento tuvo una secuela imprevisible por completo: además de exterminar la polución… exterminó el oxígeno en su casi totalidad… supliéndolo por un nuevo compuesto gaseoso que añadir al hidrógeno y al nitrógeno de la atmósfera.

—No entiendo…

—Sencillamente: la mezcla con el medio ambiente, creó un nuevo elemento que convirtió al gas cyádico en un producto químico terrible. Podía afectar de tal modo a la mente de los seres humanos, que atacaría los centros neurológicos… y causaría la demencia inmediata. Una demencia que, sin duda, resultó particularmente horrible en el caso de aquel experimento.

—¿Qué sucedió, exactamente? —se interesó el coronel americano, inclinándose hacia él.

—Jaffe Cyad, al darse cuenta del desastre provocado, dejó escrita una declamación de disculpa. Luego, desapareció. Nunca más ha sido hallado. Sus colaboradores principales hallaron la muerte en el experimento. No se sabe si murieron víctimas de la prueba… o si el propio profesor, para evitar males mayores o terminar con un desastre, haciendo borrón y cuenta nueva… los sacrificó.

—Eso hubiera sido… un delito de asesinato, ¿no?

—Por supuesto. Pero aún no ha encontrado nadie al profesor Cyad. De modo que nada se pudo aclarar. Ni nadie ha sido acusado, lógicamente.

—En conclusión: un experimento para mejorar el mundo, convertido en un desastre.

—Algo así. Un desastre total, sí.

—¿Alguna consecuencia de aquel experimento?

—Posteriormente, ninguna. Hace de ello diez años casi. No había vuelto a suceder nada. Hasta que, súbitamente, hoy... tenemos que hablar de todo eso.

—¿Cree que es una misma cosa?

—Parece evidente, por los datos archivados en la computadora, y los que ahora han conseguido por medio de análisis espectrográficos nuestros científicos, coronel.

—De modo que se trata del gas Cyad.

—Sí. Estamos seguros de que sí.

—Bien. Según eso..., ¿qué se puede hacer, hablando en concreto, Fedov?

—Nada.

—¿Nada?

—Por nuestra parte, sólo lo que vamos a hacer, tras un estudio más profundo de la cuestión para advertir a la Tierra, en su totalidad: informar de todo lo que sabemos.

—¿Y después?

—Después, todo estará en manos de los gobiernos mundiales, por supuesto. Lo que más temo, es la incredulidad de esos gobernantes.

—¡No pueden rechazar eso! —protestó vivamente Harriman—. ¡No lo harán! ¡Sería la peor de todas las locuras, Fedov!

—Mi querido amigo, ¿aún duda de que el hombre sea capaz de cerrar los ojos a la realidad? —sonrió irónicamente el comandante soviético—. Lo ha estado haciendo durante siglos enteros. Ahora, no va a ser una excepción.

—¡Pero tienen que comprender lo que se avecina! ¡Estamos aquí para algo!

—Por supuesto. Hablaremos con nuestros superiores. Trate usted de convencer a los suyos, como yo haré con los míos. Pero me temo que si no hay pruebas contundentes..., la información no tendrá el carácter de emergencia que requiere.

—¿Cuándo va a informar?

—Dentro de pocos mininos. Los doctores Lomax y Chang Hu están redactando su informe técnico. Será transmitido esta misma noche.... 'siempre refiriéndonos a la noche convencional que vivimos en el Skylab, lejos de los días y las noches de la Tierra.

* * *

Las pantallas de televisión de a bordo continuaban carentes de señales.

El piloto Iván Dmitrik paseó ante ellas, pensativo. Luego, cambió una mirada con su compañero de guardia nocturna, Velda Lane.

—Nada... —murmuró—. Nada aún.

La joven y rubia norteamericana sonrió, con un leve recogimiento de hombros.

—Estarán estudiando el informe. Es demasiado sorprendente para que lo acepten, sin discusión. Ya sabe usted la que es la política, Dmitrik.

—Sí, Velda —admitió el ruso—. Pero la cuestión es urgente. Ellos deberían saberlo. El gráfico electrónico trazado por el profesor Chang Hu en la pantalla de la computadora principal, continúa evolucionando. La franja violeta se hace más ancha. Y penetra rápidamente la atmósfera. De la zona externa de la mesopausa, va aproximándose a la interna. Y pronto tocará la mesosfera.

—Hace sólo unas horas, flotaba en la heterosfera —asintió Velda, enarcando sus doradas cejas—. Sí, Dmitrik. Creo que nuestros científicos tienen razón. Estamos ante un fenómeno gaseoso sorprendente: un gas creado para salvar al mundo, puede destruirlo sólo en unas pocas horas. ¿Se imagina lo que sería capaz de hacer una humanidad demente?

—No me hable de ello —se estremeció el piloto soviético—. Sin estar todos locos, o cuando menos sin aparentarlo, hicieron lo que hicieron desde que el mundo es mundo… ¡Conque imagínese ahora!

—Las pruebas espectrográficas y de análisis atmosférico, desde esta distancia, dan unos datos precisos. Datos que ellos deben admitir como buenos, puesto que estamos aquí para esa tarea —argumentó la joven ingeniero electrónico de la NASA—. Su Gobierno, el mío, el de Chang Hu… Todos deben aceptar la realidad. Esta sólo tiene un camino.

—Aunque algún gobierno tome medidas unilaterales, costará que todos se pongan de acuerdo y que convenzan a los demás. Sí, eso será, realmente, lo más difícil. La ONU discutirá, mucha gente se sentirá inclinada a dudar o a discutir… y se perderá un tiempo precioso. Es lo que ha sucedido siempre.

Continuó un silencio entre ambos vigilantes nocturnos o bordo. Los demás reposaban en sus cubículos personales, esperando sus propios turnos de vigilancia, dentro del rígido e inflexible sistema de a bordo, que sólo se alteraba cuando alguien sufría una dolencia o una imposibilidad material de cumplir con su propio servicio.

Velda preparó café en la máquina automática, y entrego una bolsa conteniendo la infusión al joven piloto Iván Dmitrik, de la Fuerza Astronáutica de la URSS. El se lo agradeció con una leve sonrisa. Ambos tomaron un sorbo, complacidos.

En torno de ellos, sólo el parpadeo constante y multicolor de cien paneles distintos, formando un círculo perfecto de computadoras y sistemas electrónicos de mando, control y regularización de la vida de a bordo, daba señales de vida en el oscuro y eterno silencio cósmico, allá en las alturas, sobre un tapiz de estrellas y de negro vacío sin fin.

Zumbidos, .sonidos profundos, apagados, sibilantes o ronroneantes, el latido mecánico de cien circuitos dotados de vida electrónica, eran el fondo sonoro de aquella calma fantástica, casi mística, en la grandiosidad de los vacíos espaciales.

—Si toman alguna decisión, ¿cuál cree que será?

La pregunta de Velda tuvo una respuesta breve e insegura:

—No sé. Imagino que usarán máscaras antigás, refugios, aislamientos magnéticos o cosas así. Y, por supuesto, procurarán almacenar la mayor dosis posible de aire respirable, formado de los elementos que hasta ahora formaron la vida orgánica en la Tierra.

—¿Tienen tiempo para tanto?

—Quizá. El comandante Fedov me ha dicho que no será inferior a una semana el período de invasión total de ese gas que, en el espectro electrónico, da la coloración púrpura.

—El gas Cyad... ¿Cómo pudo llegar a la atmósfera de repente? ¿Quién lo soltó allí?

—Si lo supiéramos... —Dmitrik se encogió de hombros. Sus ojos agudos, grises e inteligentes, se enfrentaron a la mirada verde pardusca de Velda, la joven norteamericana, especializada en trabajos electrónicos—. Evidentemente, alguien lo inyectó en la atmósfera, pero resulta difícil imaginar cómo y por qué..., a menos que fuese una cápsula sobrante, que se perdiera en el espacio, lanzada, por algún gobernante asustado, o por el propio Jaffe Cyad, su inventor, para destruir esa dosis letal. Y la cápsula, mal cerrada, o erosionada por algún meteorito, dispersó su gas, que se precipitó hacia la zona de gases que rodea la Tierra, provocando el fenómeno.

—Sí, eso podría ser una explicación —admitió Velda—. De todos modos... no importa demasiado ahora ***cómo*** ni ***por qué*** sucedió, sino... ***qué*** va a suceder en el futuro.

—Evidentemente, es la gran incógnita. De su solución dependen muchas cosas: entre ellas, la vida en el planeta. Y nuestras vidas, por supuesto. ¿Se imagina una prolongación de nuestra misión ***ad infinitum...*** con la Tierra convertida en un desquiciado cementerio-manicomio, donde la mitad de sus habitantes serán locos... y la otra mitad difuntos?

—Cielos, no puede llegar tan lejos...

—¿No? —dudó Dmitrik—. Pida a Dios que sea así, Velda. De otro modo, veo que ése será el destino de todos nosotros.

—Cuando menos, moriremos aniquilados por el hambre, la sed, el agotamiento o la falta de medios de subsistencia, si todo ocurre como usted insinúa, Dmitrik. Pero no convertidos en delirantes orates que nos matemos unos a otros. Ocurra lo que ocurra en la atmósfera terrestre..., estaremos a salvo nosotros. ¿O no?

Dmitrik estudió fríamente a su compañera de trabajo. Evidenció cierta sorpresa ante sus palabras.

—Evidentemente, no trata usted de ocultar que es algo egoísta, Velda —manifestó, algo seco su tono.

—¿Egoísta? Mucho —sonrió Velda con tranquilidad—. Nunca lo oculté.—Imaginé que pensaría en sus familiares, en su gente, allá en la Tierra...

—¿Familiares? ¿Gente? Nunca tuve familia. Ni amigos.

—No me diga... —el joven ruso la miró, atónito—. ¿Siempre ha vivido sola? ¿Aislada?

—Poco más o menos. Conocí a mucha gente, pero no precisamente la clase de gente que me haga pensar en ella con afecto o ternura, Dmitrik. Lo cierto es que soy huérfana, me criaron unos tíos que resultaron ser unos delincuentes a quienes mató la policía en una redada... y luego me vi sumergida en un burdel, entre mujerzuelas que hacían lo mismo que yo..., pero de modo consciente.

—Por favor, Velda, no tiene usted que...

—No, no. Espere —le contuvo ella, con firmeza, al ver su intención de eludir la cuestión por lógica prudencia y tacto—. Ha hablado de algo, y quiero terminar esta charla dándole a entender las razones de mí... egoísmo.

—Velda, aquí somos un grupo de científicos y técnicos, unidos en una tarea común, por encima de nacionalidades, ideologías y razas. Conque si ello es así, ¿qué diremos de vidas privadas, problemas íntimos y todo eso? Preferiría no saber...

—Y yo le ruego que me escuche hasta el fin. No tema. Estoy terminando, casi. No me gusta revolcarme en el fango. Ni dar detalles molestos de las cosas. Termino aquí, palabra. Dmitrik, tenía entonces sólo dieciocho años, y me di cuenta del tremendo fracaso de mi existencia, tanto por culpa de mis tutores como por la mía propia, al no saber rebelarme contra tan miserable destino. Entonces sí me rebelé. Rompí con todo eso, escapé lejos de allí... Siguieron tiempos muy duros, pero obtuve un empleo, y con lo que ganaba defendía mi vida y además estudiaba en clases nocturnas. Tenía una rara facilidad para lo tecnológico, en especial para la cibernética. Y me hice lo que soy actualmente. Ya a los veinte años era algo grande en mi especialidad. A los veintidós, obtuve el cargo en la NASA. Y sólo un año más tarde... soy elegida como uno de los nueve seleccionados miembros del Skylab 2005. Hermoso, ¿no?

—Pues sí, Velda. Muy hermoso. No quería conocer su historia, pero ahora que la conozco... debo admirar en usted su energía, su fortaleza, su dignidad y su fe. Sin todo eso, no estaría ahora aquí.

—¿Dónde estaría? ¿En aquel burdel clandestino de Chicago? —rió amargamente. Luego, su rubia y bonita cabeza asintió—. Sí, creo que tiene razón. Estaría allí. O en cualquier otro sitio. Pero si ha entendido todo eso, ¿entenderá que deteste cordialmente a la humanidad, y que no me preocupe demasiado su suerte futura? He conocido a hombres y mujeres que más valiera no haber visto jamás.

—La creo —suspiró Dmitrik—. Yo sé de personas semejantes, pululando por las calles de Moscú, Leningrado o Kiev. Y por Pekín, Tokio, París, Londres o Roma. No es privativo de un país ni de una raza. Es la culpa de todos, Velda.

—Claro. Por eso no salvaría a ninguno.

—Por eso, yo salvaría a todos —sonrió el joven técnico soviético—. No vale la pena odiar. Eso puede que suceda cuando el gas de la locura nos alcance, pero no tiene por qué suceder ya ahora. Y, como su propio egoísmo le dice, muy sensatamente…, en el Skylab estamos a resguardo de semejantes contingencias. Aquí no hay aire en torno a la nave, de modo que… no puede haber gas letal alguno. Ni siquiera el gas cyádico de la locura. Usted tuvo razón en eso, Velda. Pero yo sí tengo unos padres esperándome en Odessa. Y unos parientes en Kiev… Y unos amigos en Londres, y otros en Nueva York… Los aprecio a todos. No me gustaría ver cómo se despedazan entre sí, igual que fieras enloquecidas. Ni siquiera imaginarlo…

Siguió un profundo silencio. Aquella joven, hermosa y esbelta muchacha rubia que acababa de descubrir un doloroso jirón de su vida a su compañero de guardia, a bordo del Laboratorio Espacial del año 2005, bajó su mirada verde profunda. No parecía sentirse avergonzada, sino solamente dolorida.

—Es verdad —admitió roncamente al fin—. Debe perdonarme, Dmitrik. Era sólo un comentario pesimista y ácido. Pero lucho como cualquiera de ustedes por el bien común.

—Claro, Velda —sonrió suavemente Dmitrik—. Ya lo sé. Lo sabemos todos. En el fondo, la comprendo. Creo que muchas mujeres pensaran como usted, si echan la vista atrás. Y no les faltará razón. De todos modos, la forma en que ese gas llegó a la atmosfera de nuevo, sigue siendo un misterio y… ¿quién nos dice que por un mismo misterio semejante no llega un día hasta nosotros, aquí dentro, esa misma amenaza?

—Imposible —rechazó Velda—. El gas no puede viajar a través del vacío. Y menos aún, ***entrar*** en este reducto.

Se detuvo, al sonar un zumbido persistente en una computadora. Rápido, Dmitrik se precipitó a uno de los controles, donde pestañeaba una luz roja, que dio parpadeos escarlata a sus rostros en la penumbra. Velda Lane, a su vez, convertida de nuevo en la fría, eficiente e impersonal experta en electrónica, accionó los teclados de control de los sistemas de recepción de a bordo.

—¡Mensaje de la Tierra! —susurró Dmitrik.

—Si —corroboró ella—. Y urgente. Usan la línea de prioridad absoluta…

Pulsó una última tecla roía. Una pantalla se iluminó con el texto transmitido desde la Tierra a Skylab 2005.

Las verdes letras fluorescentes oscilaron de modo leve en la pantalla electrónica:

«Recibido y estudiado informe especial sobre gas cyádico. Divergencias criterio ONU y países diversos. Imposible adoptar soluciones. Sigan remitiendo datos concretos para convencer gobernantes incrédulos. Posibles medidas de seguridad en estudio. Conversaciones aplazadas hasta próximo lunes por largo ***week-end***. Saludos»

«Secretario general Naciones Unidas.»

—Dios mío… —se estremeció Velda, palideciendo levemente—. Esto significa…

—Si, amiga mía. Esto significa… que no creen una sola palabra. Van derechos al suicidio colectivo… y ni siquiera se dan cuenta de ello.

CAPÍTULO III

—Un largo fin de semana... ¡Esos estúpidos piensan ahora en su «largo fin de semana» habitual, en vez de tomar medidas enérgicas e inmediatas, sin pérdida de tiempo!

—Serénese, comandante —habló con calma la profesora Nina Kedrovna—. No ganará nada con excitarse. Ellos no van a oírle por eso.

—Lo sé, profesora. ¡Pero es increíble que se les advierta de lo que va a suceder, y no hagan el menor caso! El peligro está ahí mismo, en la propia atmósfera. Avanza inexorable, ¡y ellos no hacen nada por evitarlo!

—Se ha hecho todo cuanto estaba en nuestra mano. Se siguen remitiendo informes y mensajes de urgencia, ampliando datos e indicando el progreso de la capa de gas demencial. No podemos ir más lejos. El resto es cosa de ellos, comandante.

Asintió Fedov, sombrío. El profesor Chang Hu y la doctora Mai Kiang, de la República Popular China, entraron en la cámara. Su gesto era poco alentador, pese a la habitual inexpresividad de los orientales.

—¿Y bien? —indagó Fedov, volviéndose hacia ellos.

—Todo se va cumpliendo inflexiblemente —murmuró el profesor, grave el tono—. Las últimas cifras señalan un progreso del índice de 2.8 sobre la escala de diez.

—Casi una tercera parte... ¿En la Tierra no se dan cuenta de eso?

—Es un gas muy liviano y difícil de detectar por procedimientos normales, comandante. De ahí su peligrosidad. Desde la superficie terrestre, es casi imposible localizarlo o detectarlo, y por tanto, totalmente fuera del alcance de los químicos e investigadores para su análisis y prevención. Solamente nosotros, desde el espacio exterior, podemos captar con facilidad su coloración desde el vacío, y detectar su progreso y extensión. No se sorprenda, por tanto, de que la gente lo tome con escepticismo. Cuando quieran darse cuenta, lo tendrán encima. Y ya no habrá remedio.

—Pero ahora..., ¡ahora lo ***saben***, gracias a nosotros!

—Si, comandante —sonrió apaciblemente la doctora Mai Kiang—.

Sólo que ellos esperaban informes rutinarios sobre la atmósfera, previsión de ciclones, tormentas y grandes catástrofes meteorológicas, como resultado de la investigación en el Skylab. Nunca el aviso de algo mortífero que envuelva al planeta como una zarpa mortal. Y no han dado mucho crédito a nuestros informes. Para muchos gobiernos, los científicos seguimos siendo unos chiflados alarmistas, llenos de pesimismo y de exageraciones.

—Si, empiezo a creer que es así —jadeó Alexei Fedov, inclinando la cabeza. Luego, al ver asomar al coronel Harriman, añadió lentamente —: ¿Malas noticias, coronel?

—Las peores.

—¿Peores aún? ¿Qué quiere decir? —se irguió Fedov, alarmado.

—Alguien, en Viena, ha desmentido que pueda existir peligro alguno para la atmósfera terrestre. Es un científico del Centro Ecológico Internacional, el profesor Van Halen. Tiene sus propias ideas sobre muchas cosas, y lo malo es que le hacen caso. Ha rechazado como exageradas nuestras predicciones, y afirma que el gas Cyad es tan liviano que nunca podrá llegar a descender a las bajas capas atmosféricas, por simple razonamiento lógico. Y parece ser que esa teoría ha sido aceptada, con gran alivio por parte de todos.

—Sólo eso nos faltaba... —encajó las mandíbulas Fedov—. ¡Una opinión de autoridad, que envía al mundo al suicidio! ¿Qué clase de científico es ése?

—Lo curioso es que, en el fondo, tiene razón —suspiró cansadamente la doctora Mai Kaing—. Las cosas tendrían que suceder como afirma Van Halen si...

—¿Si qué, doctora? —quiso saber el coronel Harriman.

—Si no existiera esa especie de «columna» descendente, o «pasillo» vertical, abierto hacia la Tierra, a través de las capas atmosféricas, y por el que desciende el gas Cyad.

—¿Y cómo se explica usted la existencia de esa «columna» que impulsa a presión al gas hacia la superficie terrestre?

—De ninguna forma, coronel. Eso es lo raro: de ninguna forma. Para mí, como para cualquier investigador, la existencia de un túnel vertical de succión de las altas capas atmosféricas, en forma de gigantesco torbellino, es un completo misterio.

* * *

Velda Lane examinó el calendario de a bordo, y consultó los horarios terrestres y su fecha correspondiente.

—Es sábado —dijo—. Con las diferencias horarias normales, es sábado en todo el mundo.

—Y el lunes es festivo —le recordó sombríamente el doctor Lomax, anotando cuidadosamente una serie de datos en los registros de la computadora—. Hasta el martes, los gobiernos no se moverán demasiado. Y eso significa que no habrá adopción de medida alguna, o decisión al respecto, hasta el miércoles. Para entonces, el gas estará ya sobre ellos y habrá empezado a actuar sobre los centros nerviosos de los seres humanos.

—El profesor Van Halen ha acabado de calmar sus impaciencias, y están seguros de que nos hemos dejado llevar por un exceso de celo o por una psicosis producida por nuestro alejamiento de la Tierra —suspiró Velda—. Los controles médicos de la Tierra han solicitado hoy nuestros datos exactos de metabolismo y funciones biológicas. Eso quiere decir que sospechan de nuestro equilibrio psíquico, es evidente.

—Es todo un elogio a nuestra eficacia como investigadores del primer gran laboratorio espacial —comentó secamente Lomax, encogiéndose de hombros—. Bien, allá ellos. Lo malo es que tendremos que desconectar nuestras comunicaciones técnicas con la Tierra, apenas empiece el baile.

—¿Qué quiere decir?

—Que nos quedaremos aislados de todo y de todos. Los controles remotos serán anulados desde aquí, para que no nos controle una manada de locos.

—¿Y quedaremos a merced de nosotros mismos?

—De una vez por todas, sí. Una vez desconectados esos controles, dudo que puedan volverse a establecer. Además..., ¿de qué serviría, si el gas los ha convertido para entonces en una horda de asesinos, suicidas, inútiles y alucinados?

—Sí, ciertamente... no valdrá la pena —se estremeció ella, cerrando los ojos—. Doctor, qué síntomas son los del gas de Jaffe Cyad?

—No sé... Es difícil predecirlo. Lo cierto es que se trata de un producto muy poco conocido, y que al propio inventor se le fue de las manos, convirtiéndose en algo que él jamás había creado. No conozco gran cosa sobre su composición y sus efectos. Sólo sé que produce una

demencia casi inmediata y que no es transitoria, a menos que el propio gas llegue a desaparecer antes de su primera etapa sobre los centros cerebrales del hombre. Etapa que, podríamos señalar como de un par de días, pongamos por caso. En ese tiempo, puedo asegurarle de un modo definitivo, Velda, que ya nadie tendría curación posible.

—Dios mío. Y eso, si no lo evitan a tiempo... puede suceder...

—El martes a primera hora —suspiró e! doctor—. Quizá cuando estén regresando de su largo ***weed-end***... o cuando aún no lo hayan iniciado... Entonces sucederá, Velda.

* * *

Las previsiones del doctor Lomax fueron muy optimistas.

El lunes comenzó el caos, anticipándose en casi veinte horas al momento previsto. Velda había montado un sistema de recepción de diversas emisoras de radio americanas, rusas, chinas y europeas. También se mantenían en guardia ante la conexión de controles de rumbo, computadoras y demás medios del Skylab, que les hacía depender de las órdenes transmitidas por las bases de seguimiento espacial, sin utilizar su propia —y limitada— autonomía.

Las emisoras de radio fueron las primeras en acusar la presencia del horror.

Ya antes, había surgido un aviso en la pantalla de la computadora de análisis y estudio:

«Capa de gas púrpura penetra con rapidez en las bajas capas atmosféricas. Algo facilita su descenso.»

Fue el último aviso. Inmediatamente después, Velda palideció intensamente al captar los sonidos de la radio. Las bandas magnéticas funcionaron, grabando inmediatamente las emisiones en varias pistas de sonido.

Ella pulsó inmediatamente el botón rojo de alerta general a bordo.

Fedov dio un respingo en su asiento. Había dado orden de que no se pulsara aquel resorte hasta el momento supremo, la hora cero del gas cyádico.Apenas sonó la alarma y se encendieron las luces rojas en los paneles, el comandante, que actuaba por último día en la decena de servicio como jefe de a bordo, desconectó todo contado con la Tierra, en lo relativo a órdenes electrónicas de control sobre

mecanismos y mandos de la estación orbital.

El comandante Wong Lai entró con premura en la sala de controles. También lo hizo el coronel Mark Harriman, a medio vestir.

—¿Qué sucede? —indagó el militar chino.

—Lo peor, caballeros —suspiró Fedov, incorporándose, muy pálido —. Parece ser que ya ha sucedido...

* * *

Si. Ya había sucedido.

Velda Lane tenía preparado un rápido informe de emergencia. Mientras tanto, la emisora de radio de una estación de seguimiento insistía, apremiante:

—Escuche, Skylab 2005... Escuche, Skylab... ¿Qué diablos les sucede? Conecten controles. Están bajo control de tierra forzosamente. No pueden actuar de forma autónoma. No están autorizados. ¿Qué sucede a bordo? ¿Hay averías? No hemos detectado ninguna. Respondan. Es una orden de Houston. ¡Respondan!

Otra voz emergía, hablando en ruso:

—Aquí estación de seguimiento de Georgia. ¡Responda, Skylab 2005! ¿Qué sucede con los controles remotos? Están desconectados. Conecten urgentemente. Informen de lo que sucede. Es una orden. Respondan de modo inmediato, Skylab 2005...

Los nueve ocupantes del Laboratorio Espacial, reunidos en sesión de urgencia en la cámara central, se miraron entre sí, escuchando las llamadas de sus respectivos países. Otros mensajes, desde Pekín y Shangai, se cruzaron con los demás. Los tres ciudadanos de China Continental no reflejaron reacción alguna a la llamada.

—Bien, señores —habló calmosamente Fedov—. Ya oyeron todos ustedes. Se nos exige normalizar las comunicaciones automáticas con las estaciones de seguimiento espacial. Y debemos hacerlo ***ahora***, o luego será demasiado tarde, y quedaremos a merced de nuestros propios recursos, como una nave autónoma, emancipada del control terrestre. Eso podría significar, incluso, salirse de la zona orbital... y perdernos en el Cosmos, camino de ninguna parte, en un viaje sin fin.

Tras un corro silencio, todos movieron negativamente la cabeza. El significado de su respuesta era obvio: decidían mantener la incomunicación de controles remotos. Se convertían así en tripulantes absolutamente responsables de la nave. Esta cobraba autonomía total. Con todas sus consecuencias.

—Bien —habló Fedov—. Parece que existe unanimidad. Comandante Wong Lai, a usted corresponde el período más difícil de jefatura a bordo, puesto que empieza hoy mismo su turno. Yo, de todos modos, creo oportuno proponer que su responsabilidad sea compartida, dadas las circunstancias, por nosotros dos. En suma: el Skylab podría tener tres jefes, en acción coordinada, y con funciones diversas pero unificadas, mientras dure la situación anormal,

El comandante chino sonrió, inclinando su cabeza cortésmente.

—Gracias, comandante Fedov. ¿De veras aceptaría usted proseguir con sus responsabilidades, fuera de turno?

—Sí, comandante Lai.

—También yo —asintió el coronel Harriman—. Creo que la medida es oportuna y prudente.

—Bien, caballeros. Les estoy muy agradecido —admitió Wong Lai, afable—. Acepto su oferta, y limitaremos las funciones. Yo actuaré como jefe de personal, de servicios y de iniciativas. Usted. Fedov, puede ocuparse del control y dirección de medidas de sanidad, prevención y vida a bordo. Harriman, por su parte, será responsable el funcionamiento de controles, investigaciones técnicas y científicas, rumbo y estado de la nave.

—Muy bien —asintió Fedov, complacido—. Nos podemos comunicar mutuamente nuestras medidas y servicios, y redactar conjuntamente un informe diario de emergencia, comandante Lai.

—Correcto todo. Espero que las cosas mejoren. Si no es así, resolveremos lo que se puede hacer. Imagino que nuestros recursos, por desgracia, tendrán un límite razonable…

Hay alimentos a bordo para ocho meses —informó el doctor Lomax —. Y líquidos o hidratos para nueve. En caso de racionamiento, y con el mínimo indispensable de proteínas, vitaminas, hidratos y calorías, podríamos alargar las reservas alimenticias hasta un año.

—Un año parece un plazo prudencias —suspiró Wong Lai, pensativo. Y esperanzador, creo yo. Supongo que también la reserva

de medicamentos será amplia…

—Lo es, comandante.

—¿Y… el aire respirable, doctor Lomax?

—No hay temor. Disponemos de un sistema de renovación automática de la atmósfera, que va purificando el aire ya viciado, como lo hacen los pulmones en el ser humano. De todos modos, la reserva total es limitada. Aun así, podemos respirar más de un año, en las condiciones normales, sin riesgo alguno, mientras no se produzcan averías o fugas a bordo. En cuanto al sistema electrónico de automatización de servicios, como detección y reparación de averías, materiales de repuesto y todo eso, tampoco hay motivo de alarma.

—Muy bien —el comandante Wong Lai se sentó, con aire sereno y firme—. Entonces, comandante Fedov, puede decirse que nos hacemos cargo del mando conjunto de un recinto en perfectas condiciones aunque, desgraciadamente, sujeto a muchos problemas difíciles de resolver. Ello, no obstante, nos permite un cierto optimismo de cara al futuro. Ahora, Velda, por favor, ¿quiere reproducir esas grabaciones que obtuvo de las emisoras de radio de nuestro planeta?

Ella lo hizo en silencio, con su fría eficiencia habitual. El joven Iván Dmitrik, el piloto de las Fuerzas Astronáuticas Soviéticas, la contemplaba atentamente durante la maniobra.

Las cintas magnetofónicas comenzaron a rodar. Los nueve asistentes al acto se miraron angustiados. Un ramalazo de terror agitó a todos.

Era delirante. Increíble.

Los locutores se habían vuelto irremisiblemente locos. Mezclaban noticias con risotadas, detenían las grabaciones musicales o interrumpían a los cantantes modernos con piezas clásicas o viceversa. Algunas locutoras chillaban estridentemente, y otras canturreaban baladas infantiles o nanas ridículas, terminando en alaridos y golpes violentos.

Siguió un silencio demoledor. Velda, durante el mismo, conectó a un monitor de televisión un videotape grabado. La imagen

en color, estereoscópica, y con el sonido directo de la emisora terrestre de origen, resultó más aterrador que todos aquellos anteriores sonidos de radio.

Era un programa matinal de la Cadena Mundovisión, en su serie

«Color 3-D para Europa». Captado por los monitores de a bordo, el programa era nítido de imagen y sonido. Se veía el estudio de TV, los locutores, el público, un programa-concurso, con filmaciones, un ***show*** de famosas figuras de los escenarios musicales, y cosas parecidas.

Estaban en el momento en que un ballet de color actuaba bajo los focos. La imagen ofrecía un color y un relieve óptimos. Locutor y locutora sonreían, a un lado, asistiendo al programa.

Hasta allí, todo era normal. De súbito…

De súbito, el horror estallaba en el estudio de televisión.

El locutor desorbitaba sus ojos, miraba hacia alguna parte, en el aire, y exhalaba un grito horrible. Luego, era la locutora, rubia y atractiva, quien dilataba su mirada, como si viese algo espantoso y echaba a correr, atropellando a su compañero y derribando decorados, micrófonos y cuanto hallaba a su paso, sin dejar de emitir alaridos de pavor.

Un caos se organizaba de repente entre el público que, alzando los brazos, como si ahuyentaran a sombras surgidas del infierno, algo que sólo ellos eran capaces de ver, se precipitaban hacía la salida, pisoteándose, arrollándose mutuamente, como si todo el estudio fuese pasto de las llamas.

Sin aliento, aquellas nueve personas asistieron a la increíble escena en que un hombre, exasperado, lleno de terrores inexplicables, al ver bloqueada la salida ante si, aferraba un objeto y comenzaba a golpear, a herir rabiosamente. La sangre enrojeció la transmisión televisada. Alguien, con una navaja automática, atacó a su vez al enfurecido espectador. Este rodó con el abdomen perforado, entre un baño de sangre. La gente le pateó sin escrúpulos, mientras unos reían y otros chillaban, en un verdadero aquelarre demencial.

Aún faltaba lo peor. Los componentes del ballet negro, tras sus expresiones de horror, mirando hacia el vacío, se estaban atacando ferozmente entre si. Uno cayó estrangulado por una bella mulata de expresión despavorida, y ella, a su vez, fue abatida a golpes por otra negra que reía, dando saltos frenéticos y cantando cosas sin sentido. El estudio todo era un verdadero lugar de pesadilla, salpicado de sangre, de cadáveres, de gente malherida y… de locos.

De súbito, la cámara de TV debió de ser atacada y destrozada, porque se captó un bailoteo, un fogonazo… y se quedó la pantalla del monitor sin imagen. La grabación había terminado.

Siguió un mutismo patético, alucinado. Nadie sabía reaccionar ante la que veía. Aquella espantosa escena, repetida en calles, edificios, locales de diversión, trenes, aviones, centros públicos u oficiales, e incluso esferas de autoridad y gobierno..., ¿a qué extremos de horror, muerte y aniquilación estúpida conduciría?

—No hay duda —murmuró la profesora Nina Kedrovna—. Hemos visto el principio del fin... Y es el fin de todos nosotros.

El locutor de una emisora de radio, en grabación captada por Velda Lane, estaba ahora informando, con voz excitada, de que algo insólito sucedía, y que había noticias alarmantes sobre choques en las carreteras, actos suicidas de conductores, impactos mortales provocados, atropellos brutales y desastres en cadena por las rutas y autopistas, con centenares de muertos en sólo unas pocas horas. Luego, ese locutor interrumpió su información, empezando a gritar agudamente, sonaron golpes, al ser derribado el micrófono, aullidos y golpes, nuevos gritos lejanos... y se hizo el silencio en la emisora.

Un silencio que fue, para todos ellos, más expresivo que cualquier sonido, grito o llamada. Un silencio que significaba la muerte de sus esperanzas, de sus escasos optimismos anteriores.

Un silencio que era presagio de sus futuro, perdidos y solos, allá en el espacio, a merced de sí mismos, mientras todo el planeta era víctima de aquel gas de locura caído del cielo…

CAPITULO IV

El comandante Wong Lai accionó las teclas de la computadora. Las cifras de la pantalla fueron sustituidas por informes escuetos, trazados electrónicamente:

> «Totalidad superficie terrestre sufre contacto gas Cyad. Aumenta grado demencial efectos sobre seres vivos.»

Siguieron unos gráficos electrónicos con cifras exactas de la progresión implacable del producto químico gaseoso inventado por el profesor Jaffe Cyad para combatir la contaminación y que, sorprendentemente, le diera tan distintos y radicales resultados.

Todas las cifras eran pesimistas. El comandante-jefe de a bordo sepultó la olivácea faz entre sus manos. Los ojos almendrados revelaron estupor y una total impotencia ante el mal desencadenado allá, en la forma azul y esférica de su mundo.

—Cielos, si se pudiera hacer algo por detener ese horror... —jadeó, con voz angustiada.

Pero él, igual que todos, sabía que eso no era posible. No estaba en sus manos salvar al mundo de su desastre. Habían llegado a captar borrosas emisiones de algunos radioaficionados pidiendo máscaras antigás y hablando de refugios antiaéreos, habilitados para protegerse del gas que se filtraba por doquier. Otras emisiones aisladas y parcialmente recogidas, parecían hablar de pequeños países donde fueron más crédulos con los informes del Skylab y se habían tomado medidas que les permitían mantenerse como en un estado de emergencia total, atacados por el gas, pero manteniendo un orden relativo. Sin embargo, todo eso era escaso y poco concreto. E incluso cabía la posibilidad de que, persistiendo el envenenamiento atmosférico, no hubiese medio capaz de frenar la oleada de locura colectiva.

—¿Todo igual, comandante?

Se volvió. Miró a Iván Dmitrik, y asintió despacio.

—Todo igual, amigo mío —admitió—. O peor.

En silencio, el joven piloto soviético se acercó, estudiando las cifras computadas y los gráficos electrónicos. Sacudió la cabeza de un lado a

otro.

—Ya veo. ¿Alguna comunicación con nosotros?

—No. Las estaciones de seguimiento debieron verse afectadas. O cortaron las comunicaciones por alguna razón. Incluso es posible que sufran sabotajes del exterior, de grupos enloquecidos cuyo afán sea destruirlo todo. Debe ser un feo lugar el mundo de ahora, Dmitrik.

—Sí, comándame. Y yo sigo preguntándome: ¿por qué ha sucedido todo eso? ¿Cómo llegó allí el gas de la locura? ¿Qué extraño fenómeno lo depositó en las altas capas atmosféricas, y luego lo proyectó a la superficie del planeta? Nada de eso tiene sentido.

—Opino como si doctor Lomax. Tuvo que llegar del espacio.

—Pero ¿cómo?

—Mi querido Dmitrik, recuerde los viejos métodos. Hubo países que sepultaron en el fondo del mar grandes cargas de gas venenoso o armas mortales que era un peligro conservar. Se hizo lo mismo, evidentemente, en el espacio. Se lanzaron lejos de la Tierra cápsulas que se pensó eran herméticas, con productos letales dentro. No había otro modo de destruirlo, pensaron. Y se equivocaron. Las cápsulas, acaso erosionadas, derramaron su contenido, y éste, por simpatía, fluyó hacia otros gases: los de la atmósfera terrestre, con los que se fundió.

— Pero eso no explica el «corredor» vertical por donde se ha venido al planeta, comandante.

—Ya lo sé. Sin embargo..., no hay otra explicación. De veras lo siento. Me intriga tanto como a usted. Pero lo que realmente importa es que ha sucedido. Y que ya nada podemos hacer para salvar a nuestro mundo...

Dmitrik movió afirmativamente la cabeza.

—Nada, señor. Eso es lo terrible...

En ese instante, en algún lugar del Skylab, sonó un terrible, agudo grito de terror.

Un grito de mujer que parecía revelar algo espantoso.

* * *

La profesora Nina Kedrovna siempre había estado segura de sí misma. Y, sobre todo, del control de sus nervios y emociones.

Era el perfecto resultado de la educación rígida y funcional de una mujer soviética, destinada a cumplir tareas tan rudas y complejas como las que pueda afrontar un hombre. Era, en suma, una mujer de espíritu militarizado, de gran disciplina y de un equilibrio psíquico y físico a toda prueba.

O, cuando menos, lo había sido hasta entonces.

No recordaba haber perdido jamás el control de sí misma. Ni se había aterrorizado por nada. Adscrita pronto a las Fuerzas Aéreas Espaciales de la URSS, se ofreció voluntaria a diversas misiones de ensamblaje de naves, vuelos cósmicos y pruebas de comportamiento en el espacio exterior, con frío mecanismo de investigadora y de soldado. Nunca las «nociones personales habían intervenido en su labor.

Ahora mismo, en el Skylab 2005, ella era algo más que un simple miembro femenino en su tripulación.

Aparte la misión científica en sí, el Gobierno soviético había decidido que formara parte de su programa espacial de estudios de biología en el espacio exterior, y ella había aceptado. Por ello el comandante Alexei Fedov tenia compañera en aquel vuelo, si bien de un modo puramente científico.

Nina Kedrovna pensó rápidamente en todo eso cuando se enfrentó por vez primera al terror. Cuando, también por vez primera, sus labios exhalaron un agudo grito de espanto, y su piel se estremeció, bajo el escalofrío del miedo.

Eso sucedió, exactamente, cuando vio al monstruo.

* * *

¡Un monstruo a bordo del Skylab 2005!

Nina Kedrovna lo vio ante sí, súbitamente. De ahí su repentino grito de horror y sobresalto.

Apareció como materializado en la nada. Acaso había estado oculto

en uno de los túneles de comunicación con las baterías, centros energéticos y depósitos de alimentación. Lo cierto es que no sospechó nada hasta que fue demasiado larde, y el ser increíble estuvo ante ella, irguiéndose sobre sí mismo, con su horripilante aspecto.

Nina Kedrovna retrocedió, angustiada, emitiendo su largo grito, que ni ella misma reconoció como propio, tal era su nula costumbre de elevar así el tono de voz, impulsada por una emoción violenta e irreprimible.

El monstruo se agitó, como indeciso. Parecía a punto de atacarla.

Era la forma más repugnante que Nina viera en su vida. Una rara mezcla de reptil y de materia informe. Despedía una coloración lívida, tenía enormes globos oculares, fosforescemos y poliédricos, salientes igual que los de una mosca de alucinante volumen. La boca era, asimismo, una ventosa húmeda, palpítame, que estiraba hacia adelante, al tiempo que el cuerpo, aplastado y gelatinoso, se agitaba con temblores que revelaban lo fofo y viscoso de su envoltura. Unas extremidades como membranas escamosas, se adherían al suelo, haciéndole arrastrarse como un lagarto.

Nina Kedrovna recordó que había armas en compartimentos murales de la nave, y también que ella misma llevaba consigo un cuchillo eléctrico, capaz de cortar profundamente sin apenas darle presión, y que se utilizaba habitualmente para cualquier avería o reparación inesperada, llegando a cortar incluso metal. A bordo del Skylab 200?, estaba virtualmente descontado el riesgo físico de un peligro o una agresión. Entre otras cosas, porque absolutamente nadie podía llegar hasta allí y penetrar en el recinto orbital.

Y, sin embargo… aquel horror viviente había entrado por alguna parte.

Nina buscó su cuchillo eléctrico, como una defensa desesperada contra el posible ataque de la Cosa, que tomaba impulso para saltar sobre ella, mientras sus globos poliédricos repetían una y mil veces la imagen de la propia Kedrovna, para terror de ésta. Aquella mirada maligna, de insecto colosal, se fijaba glotonamente en ella. La ventosa succionó el aire, aproximándose a ella, voraz.

El animal, o lo que fuese, se dispuso a saltar…

Nina retrocedió aterrorizada, chilló de nuevo, y ni siquiera tuvo fuerzas para luchar, para alzar su arma y esperar el ataque de la criatura.

En vez de ello, por primera vez en su vida, escapó despavorida, trompicando contra los blancos muros vitrificados, luminosos, hasta rodear un recodo y, bruscamente, sentir que caía sobre una forma viviente, que había surgido de pronto ante ella.

La joven rusa gritó de nuevo, golpeando desesperada al ser que la envolvía en un abrazo quizá mortal...

* * *

—Calma, calma, Nina Kedrovna —la serenó el comandante Fedov con voz tranquila y firme—. ¿Qué es lo que te sucede?

—Alexei... Oh, Alexei... —sollozó de repente, dejando de golpear a aquella forma color naranja, que no era ya ningún monstruo, sino el comandante Fedov, sujetándola con fuertes brazos, oprimiéndola contra el fuerte tono ***orange*** de su uniforme espacial—. Es... es horrible...

—Oí tu grito. Creo que todos lo oyeron —miró atrás. Los demás venían en tropel, realmente alarmados—. ¿Qué te ha ocurrido?

—Alexei, no podrás creerme... —jadeó, dando vuelta al rostro con terror, sin ver nada tras de sí. Señaló a espaldas suyas—. Pero allí... allí... ¡un monstruo, Alexei!

—¿Un monstruo? —enarco él las cejas, escéptico—. ¿Dónde? No veo nada, Mina...

—Es allí... Allí... En el corredor de los reactores y centros energéticos... ¡Algo espantoso, Alexei! No vayas... No vayáis sin armas adecuadas...

—Pero... ¡pero eso es imposible! —rechazó el astronauta—. No puede haber monstruos aquí, compréndelo...

—Lo vi... lo vi cerca de mí... Es enorme... No se cómo pudo entrar... o si se habrá desarrollado aquí dentro... Pero sabes que no acostumbro á sufrir alucinaciones ni a dejarme ganar por emoción alguna...

—Lo sé. Y eso es lo que me sorprende... —se volvió. Wong Lai, Harriman y Dmitrik llegaban ya a la carrera, para reunirse con ellos—. Bien. Iremos a investigar eso, Nina. Es preciso hacerlo.

— ¡No, no!

—Vamos, cálmate —al observar que también la doctora Mai Kiang se aproximaba, le hizo un gesto, añadiendo—: La doctora Kiang te ayudará... Quédate con ella. Volveremos en seguida, Nina... Disponemos de armas para afrontar cualquier peligro, no lo dudes...

Su gesto hacia la doctora Kiang era significante. Ella asintió. Sabía que debía administrar un sedante a la muchacha rusa, dada su actual excitación. Al exponer lo sucedido a los demás, Fedov captó miradas de incredulidad en todos ellos.

—Lo sé, amigos —admitió—. Suena a puro disparate. Pero todos saben que Nina Kedrovna no es una mujer histérica, ni mucho menos. De modo que... investiguemos eso, a ver de qué se trata...

Apenas habían iniciado la marcha, cuando otro grito agudo, de mujer, retumbó en el Skylab 2005. Dmitrik giró la cabeza, sobresaltado.

—¡Velda! —gritó—. ¡Es Velda Lane!

Y se precipitó en dirección opuesta a la que iban a seguir los demás, buscando el punto de origen del grito de terror emitido por Velda Lane en alguna parte...

* * *

—¡Velda! ¡Velda...!

Los gritos retumbaron en las largas galerías iluminadas del gran vehículo cósmico que flotaba en torno a la Tierra. Se confundieron con nuevos alaridos de terror emitidos por una garganta de mujer.

Y al volver un recodo y adentrarse en un sector de enlace con otro cuerpo del Skylab, Dmitrik vio a Velda Lane.

La rubia muchacha norteamericana yacía en el suelo, angustiada, con sus brazos extendidos y sus manos abiertas, crispados los dedos en un instintivo ademán de terror, intentando cubrirse de algo... Algo que, para Dmitrik, resultaba totalmente invisible.

O va no estaba allí, puesto que Velda sollozaba, con los ojos cerrados, acaso para no ver lo que la había asustado hasta tal punto.

Dmitrik trató de ver algo, de entender algo. No descubrió señal alguna que justificara el indescriptible terror de la muchacha. Se precipito hacia ella, la rodeó con sus brazos, advirtiendo entonces que

llevaba desabotonada la camisa escarlata y procuró tapar su boca con firmeza no exenta de suavidad, deteniendo aquellos estridentes gritos suyos, que herían sus tímpanos.

—Vamos, vamos... —la confortó—. Calma, Velda. Soy yo, Dmitrik... Su amigo y compañero, Iván Dmitrik... No sucede nada. ¿Qué pudo asustarla así? Estamos en el Skylab, y nada puede ocurrir a bordo, Velda...

Ella abrió sus ojos enormemente. Le miró, alucinada todavía. Dmitrik, sorprendido, captó en el fondo de las brillantes pupilas verdes de ella, una extraña luz de horror, de angustia sin fin, como de haberse enfrentado a algo realmente demencial e indescriptible.

—Estaba... estaba ahí... —la oyó jadear.

—¿Qué es lo que estaba ahí? —trató de sonreír Dmitrik.

—El... el monstruo... —sollozó la americana de rubios cabellos.

Iván se puso rígido. ***El monstruo.***

Recordó a Nina Kedrovna. Su gesto de horror, sus palabras sin sentido, la incredulidad general...

Y, de repente, todo parecía posible. El caso se repetía. Velda ***también*** había visto un monstruo. Velda también era presa del terror. Ella y Nina eran mujeres enteras, firmes, habituadas a toda clase de problemas. No se llegaba fácilmente a formar parte de una tripulación especializada, como la del Skylab 2005.

Y, sin embargo...

—Velda, no puede ser —protestó—. No hay monstruos. A bordo no estamos sino nueve personas. Y ninguna es un monstruo... al menos en apariencia —completó, riendo forzadamente.

Velda no rió. Ni sonrió siquiera. Le miraba fijamente, con infinito pánico. Su dedo tembloroso señaló a su espalda.

—Fue ahí, ¿no lo ve? Ese vapor... esas señales en el suelo... son del monstruo...

Rápido, aprensivo, Iván se volvió, buscando con la mirada los indicios que ella denunciaba. Lo contempló todo, detalle a detalle. Enarcó las cejas.

No había nada. Ni vapor, ni señales en el suelo. Nada.

—Ha debido diluirse ya —comentó—. No hay cosa alguna, Velda.

—¿No? —ella miró con profundo interés y perplejidad el corredor crudamente iluminado por los paneles de claridad blanca, fluorescente. Pareció despertar de un sueño. O mejor de una pesadilla —. Es cierto… No hay nada. Ya no veo nada de todo aquello… ¡Pero el monstruo estaba ahí, Dmitrik! Lo vi tan claramente como ahora le estoy viendo a usted…

—¿Qué clase de monstruo, exactamente?

—Era… era un humanoide.

—¿Humanoide?

—Al menos, lo era su cabeza ovalada, calva, brillante… Tenía unos raros ojos vidriosos, abultados, como faceteados. Parecían poliedros. O los ojos de una mosca al microscopio. El resto… el resto era horrendo. Abominable. Brazos negros, velludos, rematados en pinzas viscosas. Rezumaba un líquido gomoso, brillante, como seda. Tenía… tenía el cuerpo peludo y rojizo de… de una araña maligna… Se descolgó del techo ante mí… Le vi mover hilos sedosos y mortales hacia mi persona… Su boca, entre humana y arácnida, babeaba de modo repulsivo. Parecía tener hambre… Sentí un terror irrefrenable. Y grité, grité… mientras esa *Cosa* se movía hacia mí…

Un sollozo ronco ahogó la descripción espelúzname de Velda Lane. Dmitrik, con los cabellos de su nuca repentinamente erizados, evocó unas palabras sueltas, pronunciadas poco antes por su colega y compatriota, Alexei Fedov:

—«Suena a puro disparate. Pero todos saben que Nina Kedrovna no es una mujer histérica, ni mucho menos…»

Esas palabras podían aplicarse también a Velda Lane, fría y eficiente ingeniero electrónico. Humanamente, era una mujer con un trauma en el pasado y unas ideas atormentadas sobre los hombres. Pero esto era diferente. La mujer y el científico, por un igual, habían reaccionado en ambos casos con igual desequilibrio. Con idéntico terror a lo desconocido…

Los ojos de Dmitrik se clavaron en el techo luminoso y curvado del corredor. Era el lugar menos adecuado para imaginarse una «araña humanoide» brincando sobre alguien, como por arte de magia. Ni oscuridad, ni tenebrosos rincones, ni siquiera un hueco por donde penetrar nadie en el hermetismo del Skylab.

—Cielos, Velda. No sé lo que ha llegado a ver, pero no es usted sola quien se ha asustado hoy a bordo...

—¿Me cree loca o capaz de ver alucinaciones? —musitó ella, más calmada, con repentina amargura.

—No sé qué pensar, pero no la creo loca, Velda. Ya le dije que no está sola en esto. Nina Kedrovna también ha visto un... un monstruo.

—¿Ella también? —reveló su asombro Velda.

—Sí. Como ve, son dos mujeres las acosadas por «algo» que parece haber penetrado a bordo, sin que sepamos ***como***. Y dos mujeres nada impresionables ni medrosas, ciertamente. Ahora, sólo falta compaginar su testimonio con el de mi compatriota, para ver si coinciden en la descripción de... de la Cosa que les atemorizó. Y, por supuesto, la búsqueda se ha iniciado ya, no tema. Aunque, me sorprende que el mismo ser pueda hallarse en dos puntos diferentes de la estación espacial, casi al mismo tiempo...

* * *

—¿El mismo ser? Cielos, Iván. No, no es ése el caso, ya lo ha comprobado —manifestó sombríamente el doctor Steve Lomax, de la Universidad de California—. Tenemos dos criaturas diferentes: un reptil y un arácnido. Uno, mitad gelatinoso, y el otro mitad humano. No hay el menor parecido, compréndalo.

—Hay parecido en algo —objetó Dmitrick—. Sólo en una cosa, doctor.

—¿En qué?

—Los ojos...

—¿Los ojos?

—Si. En ambos casos, dicen que sus ojos son globos poliédricos, que recuerdan a... a las moscas. Curioso, ¿no?

—No sé qué pensar, amigo mío —el doctor Lomax sacudió la cabeza, preocupado—. Ambas están sometidas ahora a drogas sedantes. Espero que eso baste para detener su crisis nerviosa.

—¿Será solamente una «crisis nerviosa.» la presencia de monstruos

a bordo? —dudó Iván.

—Parece que no. Y menos, en mujeres como ellas, psíquicamente dotadas para soportar pruebas más duras que el tiempo que llevamos de aislamiento en el Skylab.

—¿Entonces...?

—La patrulla compuesta por el comandante Fedov, el coronel Harriman y el comandante Wong Lai, no parece dar resultados. Tengo conectados todos los computadores de a bordo, por si se manifiesta la alarma, o ellos piden ayuda —señaló las pantallas, cubiertas de un verde suave y luminoso, salpicado de vez en cuando por cifras y datos computados durante el vuelo orbital en torno a la Tierra—, Ya lo ve: no hay novedad. Y siguen buscando...

—¿Alguna esperanza de hallar «algo» vivo, anormal, fuera de nosotros nueve, a bordo del Skylab? —se interesó Dmitrik.

—Ninguna —replico una voz a sus espaldas—. Absolutamente ninguna, Dmitrik.

Iván volvió la cabeza, ceñudo. El coronel Harriman entraba, desalentado, en la cámara de controles. Se dejó caer en un asiento, sacudiendo la cabeza con énfasis.

—¿Terminada la búsqueda? —se sorprendió Iván.

—Totalmente —resopló el norteamericano—. Resultado negativo.

—¿Ni un indicio?

—Nada.

¿No detectaron anormalidad alguna? ¿Una posibilidad de... de invasión de «algo» que pueda atacarnos?

No. Dmitrik. Ya se lo dije. Nada de nada.

—Pero Nina Kedrovna...

—Nina Kedrovna vio visiones. Alucinaciones, para ser más exactos. Eso fue todo.

—¿Y Velda Lane? —replicó Dmitrik—. ¡Ella también vio un ser monstruoso que la atacaba!

—¿De veras? —Harriman frunció el ceño, mirándole sorprendido —. Eso puede ser peor. Mucho peor, amigo mío... ¿Qué es lo que vio

ella?

Se lo explicó. Con todos los detalles posibles. Observó la creciente perplejidad del coronel Harriman, que parecía recibir un rudo mazazo con aquellas palabras, finalmente, tras un corto silencio, el militar norteamericano expuso una repentina opinión preocupada:

—Amigo mío, me temo... me temo que ninguna de ellas vio realmente lo que creyó ver...

—¿Cómo? —se escandalizó Dmitrik—. ¿Cree que mintieron? ¿Que no saben lo que dicen, y que tratan de engañarnos estúpidamente? Sería una pesada broma, de muy mal gusto, que no creo sean capaces de llevar a cabo...

—Yo no hablaba de una broma. Ni de un engaño, Dmitrik. Ellas ***creyeron*** realmente que veían a esos monstruos... Sufrieron una alucinación, eso es todo. Por eso vieron monstruos diferentes. Monstruos que ***jamás*** pudieron estar a bordo, compréndalo, Dmitrik.

—¿Entonces...? ¿Qué significa eso?

—Significa algo peor, infinitamente peor que la presencia de los supuestos monstruos, mitad reptil, mitad araña, o mitad insecto... Me temo, mi querido amigo, que es la ***locura***. La locura que ha entrado en el Skylab... y no me pregunte cómo...

Iván Dmitrik se estremeció. En ese instante, alguien penetró en la cabina central. Era el profesor Chang Hu, cuyo rostro hermético, color aceituna, de facciones oblicuas, revelaba, pese a todo, una extraña emoción.

—Es... es horrible... —jadeó, deteniéndose en la entrada, vacilante.

—¿Horrible? —Dmitrik se volvió hacia él vivamente, temiendo lo peor—. ¿Que ocurre ahora, profesor? ¿Alguna otra alucinación?

—¿Alucinación...? —se encogió de hombros, fatalista—. No... no sé. No lo creo, Dmitrik. Cuando menos, no me lo pareció... y ojalá me equivoque.

—¿A qué se refiere? ¿Ha visto algo?

—Si —suspiró el investigador oriental—. Un cadáver...

—¿Un cadáver? —se alarmó Harriman, incorporándose—. Cielos, profesor Chang, ha visto usted otra de esas horribles cosas que imagina una mente enferma... Es un virus. El virus de la demencia,

que ha entrado en nuestra nave… No existen monstruos. Ni cadáveres…

—Sí, coronel. Existe un cadáver. No sé si existirán: monstruos, pero ese cadáver… lo he tocado con mis propias manos. Está ahí mismo… Y es… ***es el del doctor Steve Lomax***, su compatriota, coronel Harriman…

—¿Qué ha dicho? —aulló Harriman, palideciendo—. ¿Lomax? ¡Imposible!

—Vaya a verlo. Está muerto… Y mucho me temo que haya sido victima de… ***de un asesino*** —fue lo último que manifestó apagadamente el profesor Chang Hu.

CAPITULO V

—Un asesino, señores. Y ocho sospechosos para ese puesto de criminal. ¿Que me dicen?

Un mutismo profundo, un silencio que parecía tan denso y perceptible como la temible franja púrpura en los gráficos electrónicos de las capas atmosféricas terrestres, siguió a la seca, agria manifestación del comandante Wong Lai, actual jefe de la trinca que regía los destinos a bordo del Skylab 2005.

—¿Se cuenta también usted, comandante? —sonrió un poco irónicamente la doctora Mai Kiang digiriéndose a su compatriota.

—Naturalmente —respondió el oriental a su hermana de raza con una leve mueca acaso burlona, acaso hierática—. Todos debemos incluirnos. Somos ocho seres con vida. Y un cadáver.

Un cadáver…

El profesor Chang había tenido razón, desgraciadamente. Había un ***cadáver*** sólido, corpóreo, indiscutible. Alguien había asesinado a un hombre inofensivo, útil, inteligente y estudioso, como era Steve Lomax, doctor en Ciencias Naturales y Biológicas por la Universidad de California.

La sangre empapaba sus ropas espaciales. Un arma de las habituales a bordo, un simple cuchillo eléctrico, había sido manejado con el pulsador de tensión a toda potencia. Ello, sin duda, facilitó de tal modo la tarea, que cortar el tejido hermético de las ropas del doctor, e incluso su carne, habría sido como hender un trozo de mantequilla caliente. La ferocidad en las cuchilladas fue realmente atroz. La sangre lo mojaba todo. El rostro de Lomax era una helada, crispada máscara de horror y angustia sin límites.

Un crimen increíble. A bordo de una nave espacia! Con sólo ocho personas a bordo. Y con unos supuestos monstruos que nadie había visto, salvo las dos mujeres afectadas por la singular alucinación.

La victima no era ninguna alucinación. Era un cuerpo rígido, bañado en sangre. Un buen hombre exterminado. ¿Por qué? ¿Por quién?

—Creo que el comandante Wong tiene toda la razón —asintió despacio el coronel Harriman—. No hay vuelta de hoja. Con una nave

espacial hermética, llorando en el vacío. Con ocho personas vivas a bordo, y un muerto víctima de asesinato… las teorías no pueden ser abundantes ni variadas. Sólo existe una: alguien, de entre nosotros, asesinó al doctor Lomax.

—¿Quién, coronel? —era el piloto Iván Dmitrik quien hacía la pregunta.

Harriman se volvió hacia él. Ambos hombres se miraron largamente.

—Curiosa pregunta —suspiro Harriman—. Acostumbra a ser contestada al final de una novela policíaca, Dmitrik.

—Esto ***no*** es una novela policíaca —cortó glacialmente el profesor Chang Hu—. La Tierra se muere abajo, invadida por una ola irrefrenable y apocalíptica, como diría uno de mis queridos compañeros cristianos, y aquí arriba nos permitimos el lujo de perder a uno de nuestros escasos compañeros. Eso alarga las provisiones unas fechas, pero reduce nuestras posibilidades de supervivencia, puesto que nadie va a negar el valor científico y humano del doctor Lomax a estas alturas. Comandante Wong, ¿qué se va a hacer para castigar ese crimen?

—Posiblemente nada —suspiró Wong Lai.

—¿Nada?

—No podemos hacerlo, en tanto no sepamos quién lo hizo. Y aun entonces, cabrá preguntarse algo que ustedes parecen haber olvidado.

—¿Qué, comandante? —quiso saber mi colega Alexei Fedov.

—Si el asesino obró consciente y fríamente… o si ***también*** es un loco más, a bordo de esta nave, invadida, no se como, por la ola demencial que impera en la Tierra, a mas de mil kilómetros de nuestra posición actual.

* * *

—Un asesino… ¡y loco!

—Sí —suspiró cansadamente el profesor Chang Hu, sacudiendo la cabeza de arriba abajo —. Eso es lo que se puede afirmar, sin lugar a dudas, amigo Dmitrik.

—Pero… pero eso es horrible…

—Horrible. Es la palabra, sí. Uno de nosotros le mato. ¿Quién?

—Yo sé que no lo hice. Y tampoco pudieron hacerlo Nina Kedrovna ni Velda Lana, que estaban bajo los electos de los sedantes...

—¿Con vigilancia médica? —dudó Chang Hu con un asomo de sonrisa.

—Mo... no sé. Supongo que no, profesor. Pero eso no cambia las cosas. Están los sedantes y sus electos anestésicos sobre las pacientes...

—La demencia ha logrado, a veces, superar ciertos anestésicos, al menos momentáneamente, en un breve período de crisis —advirtió Chang—. Por otro lado, la dosis fue leve. Y la naturaleza misma de esa locura contenida en el aire que respiramos es una incógnita profunda. Imagine, Dmitrick: la Tierra toda está ahora poseída por esa nueva plaga que no sé si calificar de divina o infernal pero que recuerda las mencionadas en la Biblia. Y, al mismo tiempo, a más de mil kilómetros de distancia, a bastantes más, por cierto, y en pleno vacio, sin previo aviso... ¡surge la demencia! Porque no hay duda de algo: solamente la locura justificaría la visión de esos «monstruos» inexistentes... y el asesinato de un hombre como Lomax.

—En suma: ¿tenemos en nuestro aire de la nave Skylab el virus de la locura?

—No lo sé aún. He obtenido muestras del aire que respiramos, y las estoy sometiendo a un proceso muy complicado, el mismo que nos dio los resultados de aquel otro estudio sobre las capas atmosféricas de la Tierra. De todo ello, ha de salir, incurablemente, un resultado. Si es negativo, tendremos un resquicio de esperanza. Si es positivo... que su Dios y el mío nos acojan. Será el final también para el Skylab.

—Y para nosotros.

—Y para nosotros, por supuesto. Seremos las victimas definitivas de este caos inexplicable.

—Exacto. Usted acaba de decir la palabra: inexplicable, profesor. ¿Por qué resulta todo tan absurdo, tan falto de sentido?

—No lo sé. Supongo que porque no entendemos muy bien lo que sucede, a pesar de nuestra condición de científicos, amigo mío.

—No. Hay algo más en todo esto, profesor.

—¿Algo más?

—Si. Algo que no logro encontrar. Ese fenómeno atmosférico que ha proyectado el gas cyádico a la Tierra… el hecho de que aquí también pueda haber llegado el maldito producto químico del profesor Cyad… En buena lógica, nada de eso debió de haber sucedido. Por alguna razón que no entiendo, se alteraron incluso las leyes naturales, y sucedió lo que no era lógico que sucediera.

—Pero sucedió, Dmitrik. Por tanto, huelga buscar motivos o razones…

—Yo los busco, a pesar de todo, profesor Chang.

—¿Para qué?

—Es necesario. Quizá encontrando la causa de todo, podamos llegar a una solución.

—¿Solución? ¿Qué solución?

—No sé. El culpable de ese crimen, por ejemplo. Si no es responsable, para sanar su mente enferma. Si lo es, para diferenciar la demencia de un espíritu criminal. Y en todos los casos, para tratar de frenar este disparate absoluto y terrible.

—Pierde su tiempo, muchacho —suspiró el chino—. No tiene freno. Ni remedio.

—No podemos cruzarnos de brazos y esperar a morir, ¿no cree, profesor?

—Nosotros, los orientales, estamos hechos a esa idea, Dmitrik —sonrió tristemente el profesor Chang—. A veces, es conveniente vivir con semejantes criterios.

—Posiblemente. Pero yo no sirvo para ello. Un hombre ha muerto. Dos mujeres han visto o creído ver criaturas monstruosas a bordo. Hay, cuando menos, alucinaciones. E incluso puede que ignore que mató a alguien, si al abandonar su demencia natural ha olvidado el delito cometido.

—Si, eso seria posible. En todo caso, si las alucinaciones fueron momentáneas y el acto criminal obra de un arranque de demencia agresiva, deberíamos imaginar que la locura que ha afectado al Skylab es solamente temporal, fugaz.

—Pero puede repetirse. Y más exacerbada aún.

—Por supuesto. Lo que temo es que no podamos evitar su repetición, Dmitrik.

—¿No existen medios científicos de preveerlo? ¿No se puede hacer algo por purificar la atmósfera interior del Skylab?

—Uno de los males de este fenómeno, amigo mío, es que el gas de Jaffe Cyad, al mezclarse con el aire respirable… no da señales de existencia. Virtualmente, se funde con él, absorbiendo velozmente el oxígeno y supliéndole. Cuando uno se quiere dar cuenta de ello, ya está la locura en su mente. Y, por supuesto, el análisis es tardío. Y también su posible modo de combatirlo, por razón lógica.

—En ese caso, si tenemos la locura a bordo… ¿no existe medio alguno de combatirla?

—No, ninguno —admitió roncamente el profesor.

—Ya veo —Iván Dmitrik paseó en torno al profesor Chang. Su gesto fue rotundo al inclinarse y clamar, con una rabia contenida—. ¡Yo, sin embargo, ***exigiría*** que se hallase uno, fuera cual fuese!

El científico chino le miró apaciblemente, aunque sus ojos brillaron, significativos. Con aire atable, sonrió, hablando de modo calmoso:

—Pero usted no puede exigir nada, muchacho. Es sólo un piloto espacial, no una autoridad a bordo…

—Cierto, profesor. Sin embargo, a veces, no es absolutamente necesario tener mando para hacer algo en favor de los demás…

—¿Qué quiere decir con eso?

—Algo muy simple, profesor Chang: si los demás no ordenan la búsqueda urgente de una solución, sea cual fuere, yo misino la buscaré por mis propios medios.

—¿Cree que existe?

—Creo que cuando hay un mal, siempre existe el medio de combatido y destruirlo. Sólo es cuestión de buscarlo, a cualquier precio.

—Quizá lo haya. Pero el tiempo trabaja contra nosotros, Dmitrik. Costará acaso semanas, meses… o años, dar con un remedio contra ese gas de la locura.

—Quizá. Pero, cuando menos, hay que buscarlo. Y luchar contra el reloj. Y ganar la batalla, si es preciso.

—¿Batalla? ¿Qué batalla, Dmitrik? ¿Una, perdida de antemano?

—Profesor, todos se preocupan demasiado de ese gas, de su posible composición, de las razones por las que provoca la locura, pero no de ***dónde*** viene ni por qué ha entrado aquí.

—Ya hemos hablado antes de eso, ¿no?

—No. No todo lo que se debe hablar. En suma, profesor Chang: creo que debemos localizar lo antes posible el ***punto de origen*** de ese gas. Descubierto eso, quizá encontremos algo que nunca imaginamos encontrar.

—¿Como por ejemplo...? —preguntó, interesado, el profesor chino.

Cuando iba a contestar Iván Dmitrik, nuevamente fue rota la aparente calma del Skylab 2005. Y otra vez fue con un grito ronco, estremecedor, lleno de angustia.

Pero esta vez, además, un disparo seco, rotundo, retumbó en los ámbitos reducidos de la nave orbital. Y al mismo tiempo, una larga, agria carcajada, realmente demoníaca, subrayó el dramatismo de aquel alarido previo.

* * *

Cuando Iván Dmitrik y el profesor Chang Hu llegaron al centro de controles, el coronel Harriman y el comandante Fedov habían logrado reducir a una persona que, como enloquecida, forcejeaba entre ellos furiosamente, debatiéndose con fuerzas que parecían sobrehumanas.

Frente a ese cuadro, se veía a alguien, sujetándose el hombro izquierdo con su mano diestra, dolorido el gesto. Traje espacial y tejidos humanos habían sido perforados por una carga explosiva. El plástico luminoso aparecía desgarrado, y por él, entre jirones de fibras artificiales, brotaba la sangre copiosamente.

—¡Comandante Wong Lai! —exclamó el profesor Hu, angustiado, al identificar al herido—. ¡Usted! ¿Quién le atacó?

—Fue... fue ella... —masculló el militar chino, mirando sin rencor a la persona que aún se debatía de forma exasperada entre Harriman y

Alexei Fedov.

Una mujer. Por tercera vez en los sucesos inexplicables de a bordo... una mujer.

En esta ocasión, no se trataba de Velda Lane, la norteamericana, ni de la profesora Nina Kedrovna, de nacionalidad soviética. Era la inteligente, apacible y calculadora doctora Mai Kiang, del Centro de Investigación Meteorológica de Pekín.

Sólo que ella no ofrecía muchos puntos de semejanza con la mujer cerebral y serena que conocieran sus compañeros de viaje cósmico anteriormente. Ahora, era una especie de fiera rabiosa, forcejeando con sus captores. Dmitrik observó que Harriman le colocaba unas esposas de seguridad en torno a las muñecas, en tanto la doctora mostraba una espuma lívida entre sus labios apretados y furiosos.

—¿Intentó matarle, comandante? —preguntó el joven piloto soviético.

—Sí, Iván —afirmó Fedov, respondiendo en lugar del militar chino —. Internó matarle. Le disparó una carga explosiva con su pistola. Parece que no está normal. Sufre una excitación terrible, y afirma que el comandante Wong es un monstruo, un enemigo de todos nosotros...

—Dios mío —Dmitrik, muy pálido, se echó atrás un mechón de cabellos castaños, notando que su frente aparecía cubierta de una fina película de sudor helado—. Siempre son mujeres, ¿lo han notado? Todas ellas enloquecen antes... Y si empiezan a ver monstruos en los demás habitantes del Skylab... debemos suponer que acabaremos matándonos todos unos a otros. Como en la Tierra...

Fedov, rápido, inyectó a la doctora. Aunque ella forcejeó, sus esfuerzos fueron en descenso, hasta inmovilizarse por completo. Ya no reaccionó con violencia. Terminaron conduciéndola a la enfermería, como antes hicieran con Velda y con Nina Kedrovna. Por cierto que estas dos últimas habían aparecido, sobrecogidas a juzgar por su expresión, al fondo de la cabina, como mudos testigos de la escena. Vieron desaparecer a su compañera de sexo sin comentar nada ni hacer pregunta alguna.

Iván Dmitrik observó a ambas. Parecían perfectamente normales, aunque algo aturdidas, quizás por exceso de sedantes sobre su sistema nervioso. Se acercó al comandante Wong Lai, a quien ya atendía el profesor Hug, solícitamente. La mirada de Dmitrik se cruzó con la de Fedov.

—Comandante, la locura está dentro de la nave —dijo roncamente Iván.

—Lo sabíamos ya antes. Esto ha sido sólo una confirmación. Dmitrik.

—¿Se ha dado cuenta? Sólo conocemos tres casos... en tres mujeres. Y el asesinato de Lomax, por supuesto.

—Que, sin duda alguna, y siguiendo la lógica... nos señala a otra mujer. Parecen las únicas afectadas a bordo... al menos de momento.

—¿También la doctora Mai Kiang?

—No sé —miró de soslayo a las otras dos—. O acaso Nina Kedrovna. O Velda Lane.

—No, Velda no —se apresuró a replicar Dmitrik—. No es posible que ella...

Se detuvo. Mordió su labio inferior. Había hablado demasiado. Sonrió Fedov, mirándole con ironía.

—Parece que toma partido, Iván —le reprochó con cierta frialdad.

—Oh, tal vez no supe expresarme bien... Quise decir que ella... ella...

—No diga nada. Es mejor. Dese cuenta de que no quiero culpar a nadie. Si su amistad con Velda Lane tiene ribetes personales o una mayor intensidad que con los demás miembros de a bordo, Iván, debe recordar algo: no estamos tratando con un asesino, culpable y convencido de sus actos... sino con un loco. Un loco peligroso, cruel, agresivo... que trata de ocultar su demencia y nos engaña a todos, como hacen siempre los locos. Hemos sorprendido a la doctora Kiang atacando a su superior y compatriota, el comandante Wong Lai. Es, indudablemente, presa de esa demencia que flota en un gas mezclado con la atmósfera respirable. Pero nosotros, los hombres, no hemos notado nada aún. Me pregunto si no será ése un simple fenómeno que se produce en el espacio solamente, y no en el planeta Tierra. Sea como fuere, sabemos sin lugar a dudas que la doctora Kiang agredió a Wong Lai, pero no sabemos quién mató a Lomax.

—Comandante, hay algo evidente: la locura está ya a bordo.

—Claro. Es elemental.

—Y hay tres mujeres afectadas por ella, al menos en determinados

momentos.

—Si, Iván.

—Tenemos un hombre herido. Y un cadáver.

—Exacto.

—Pero no sabemos cómo ha llegado aquí ese gas. Ni cómo alcanzó las capas superiores de la atmósfera terrestre.

—Eso, por supuesto. ¿Adonde va a parar, Iván?

—A esto: tiene que haber una explicación para todo, por fantástica que sea. Ese gas no surgió de la nada.

—Pudo surgir, si el vacio y los meteoritos erosionaron una cápsula química abandonada en el espacio exterior.

—No sé, comandante. Yo diría que Todo es... es demasiado preciso, demasiado seguro y bien medido.

—¿Qué está tratando de insinuar? —frunció el ceño Fedov.

—Una teoría algo atrevida. Pero que me atrevo a formular, le guste o no.

—Adelante con ella —suspiró el militar soviético—. Una teoría, es siempre mejor que nada. Le escucho, Iván Dmitrik.

—Muy sencillo, comandante: ese gas de la locura llegó del propio espacio exterior. Y no creo que fuese por accidente. Mi idea es que... alguien ha provocado.

* * *

—¡Provocado! Eso es un puro disparate...

—No, no lo es. Se dirigió el gas contra la Tierra. Buscaban aniquilar la vida humana y animal de un modo salvaje y atroz: inoculando la demencia a todo ser viviente. Se lanzó ese producto contra el planeta tierra. Desde un puno exterior a su atmosfera. De otro modo, no hubiera podido nunca envolver la atmósfera terrestre.

—Para esa suposición, también sirve la capsula rota, perdida en el espacio. El gas se dirige a la atmósfera, se adhiere a ella...

—Eso es. Pero no desciendo, siendo tan ligero. Se queda en las altas capas, como una especie de heterosfera. Sin embargo, ¿qué vemos? Que se abren las tapas atmosféricas formando columna para que descienda por su vacío el gas de Jaffe Cyad.

—¿Eso significa algo?

— Por supuesto. Significa que el gas es ***proyectado*** hacia la Tierra por un medio mecánico, artificioso, abriendo las capas atmosféricas inferiores, a distancia. Luego, al advertir el Skylab 2005, con personal científico a bordo, lanzan contra nosotros otra carga letal, que atraviesa, siquiera sea parcialmente, las defensas externas de la nave. Y afecta, dada su débil dosis, sólo a las mujeres… Pero deben vigilarnos estrechamente. Y si repiten la dosis, nos alentará a todos por un igual.

—Dmitrik, su teoría es brillantísima… pero ineficaz. ¿Quién podría tener interés en «bombardear» la Tierra y el Skylab con gas demencial? Me temo que nadie. Porque nadie ganaría nada con ello. Solo destruir sin beneficio para nadie…

—Venganza.

—¿Qué?

—O bien… odio, si lo prefiere.

—¿Qué pretende decirme?

—Comandante, creo que lo sabe tan bien como yo. Alguien tiene odio mortal a la especie humana, al progreso. a la vida misma. Y lo demuestra… ***atacando***. ¿Con que? Con gas cyádico.

—Es melodramático. Iván. No puedo aceptar esa teoría. ¿Quien tendría interés en algo semejante?

—No lo sé. Mi mente no llega a tanto. Pero tenemos computadores a bordo. Y memorias electrónicas. ¿Por qué no les pregunta a esos mecanismos inanimados, qué personas estuvieron mezcladas en el asunto Cyad… y quiénes, con los datos computados, podrían ser los culpables de un acto vengativo contra la Humanidad?

—Dmitrik, ¿de veras cree en tal posibilidad? No creo que la computadora tenga respuesta correcta alguna. Ni tan siquiera que esté programada para responder a ello.

—Si no lo está, prográmela usted con los datos que obtenga del archivo. Sólo es un experimento, una prueba más. ¿Por qué no perder

en ello unos simples minutos?

—Sí, ¿por qué no? —admitió fríamente Alexei Fedov—. Vamos a intentarlo, amigo mío. Y, de ser cierto que tenemos una respuesta… valdrá la pena tenerla en cuenta. Pero no se haga demasiadas ilusiones al respecto, Iván.

—No me hago ninguna ilusión. Sin embargo… estoy seguro de que existe esa respuesta.

CAPITULO VI

Existía una respuesta.

Tras registrar la «memoria» electrónica y programar los datos recibidos, en una ficha especial, se puso en funcionamiento el mecanismo. Brotó una tarjeta plástica, codificada. El traductor automático la convirtió en letras, sobre la pantalla fluorescente.

Y las letras tuvieron un sentido al formar palabras.

«General Younger. Charles F. Younger, general de la fuerza aérea.»

Eso era todo.

Dmitrik y Fedov se miraron, sorprendidos. A su lado, Velda Lane, que se ocupaba nuevamente de las tareas cibernéticas a bordo, al parecer totalmente recuperada de su acceso, ya fuese demencial o de simples alucinaciones, había pulsado los teclados de funcionamiento de la computadora central. Les contempló, pensativa.

—¿Eso les dice algo? —indagó.

—¿Decirnos? —Fedov se encogió de hombros, perplejo. Miró otra vez a Iván Dmitrik—. Pedimos el nombre de un culpable, ateniéndonos a la fría lógica de una computadora. Y nos da un resultado también frío y tremendamente lógico: el general Charles Francis Younger.

—¿Quien es, realmente, ese general Younger? —preguntó Velda—. He visto su nombre en las fichas programadas, repetido frecuentemente...

—El texto iba en clave —suspiró Iván—. Pero la computadora hizo su trabajo de clasificación. Comandante Fedov, coincidimos la máquina y yo. Younger es el hombre.

Alexei Fedov dudo, estudiando a su compañero de viaje. Luego, meneó la cabeza, ceñudo.

—Es una afirmación muy atrevida —declaró—. La máquina no es responsable, pero nosotros, si. Acusar a un recto militar norteamericano...

—Younger estaba adscrito a la NASA. Formaba parte del equipo investigador que colaboró con Jaffe Cyad en el gas cyádico. ¿Y qué

sucedió? Su hijo, el joven astronauta, doctor Milburn Younger, bioquímico, resultó muerto en la prueba. Enloqueció, atacando a varios compañeros a quienes asesinó, antes de matarse él mismo, en la Base Espacial, al tiempo que incendiaba una serie de cohetes propulsores de naves espaciales. Por entonces, el joven doctor Milburn Younger, también de la NASA, tenía veintidós años y un futuro espléndido ante sí. Younger, su padre, se hizo hosco, agresivo y extraño. Ya nunca fue el mismo, hasta desaparecer algún tiempo más tarde. Nunca se supo si había muerto, o si utilizó algún viaje espacial no programado, para perderse eternamente en el Cosmos. Lo cierto es que jamás apareció su cadáver. Con todos esos datos, ya ve lo que la computadora ha declarado.

—Una máquina puede equivocarse, Dmitrik.

—Y también un hombre, comandante.

—Supongamos que estoy de acuerdo en eso. ¿Qué hemos ganado con ello, Iván?

—Tal vez mucho. Sabemos que puede haber un ser humano interesado en una venganza personal estúpida y horrible. Un hombre que puede estar loco, sin necesidad de verse sometido a gas alguno, sólo por la tremenda pérdida que sufrió. Supongamos, asimismo, que ese hombre, realmente, ha logrado viajar al espacio. Y desde allí, un día, lanza su venganza sobre todos nosotros…

—Espeluznante… y truculento, Dmitrik. Suena a novela barata.

—Le realidad, muchas veces, es una horrible novela barata, comandante. Cuando menos, se le parece mucho, tenemos un posible culpable, un motivo, un odio que puede llegar a ser demencial, incluso… ¿Por qué no buscar el otro factor que nos falta?

—¿Cuál?

—El punto de origen —suspiro Iván Dmitrik—. El lugar desde el cual, el general Younger pudo lanzar el gas de Jaffe Cyad sobre la Tierra… y sobre nosotros.

Hubo una corta pausa. Alexei estudió a su subordinado y compatriota con vivo interés. Aun a su pesar, se vio inclinado a preguntar secamente:

—¿Un lugar? ¿A usted se le ocurre alguno en especial, Dmitrik?

—Quizá, comandante. Puede haberlo. Puede haber, incluso, varios.

—Dígame uno.

—Una nave abandonada.

—¿Qué?

—Un satélite artificial, una cápsula en desuso... Cualquier cuerpo de los que forman la «basura espacial»... Dentro de uno de ellos, puede estar el general Younger, con cargas de gas cyádico, salvadas de la destrucción. Y con un medio para proyectar ese gas a distancia, al punto elegido...

—Sigue siendo una teoría fantástica, Iván. Mucho más fantástica que cualquier explicación racional que se busque para justificar él asunto. Además, de improbable confirmación.

—¿Por qué improbable?

—En este bendito siglo XXI, se supone que más de mil objetos diversos flotan en los espacios, formando esa «basura espacial» de que hablábamos. Residuos de cohetes, cápsulas inservibles, satélites que quedaron eternamente en órbita con sus baterías descargadas, vehículos cósmicos averiados... y un sinfín de cosas más. Buscar entre todo ese laberinto de trastos flotantes, es una tarea de titanes que, además, posiblemente no conduciría a nada en absoluto.

—No cree en mi teoría, ¿verdad?

—No se si creer en ella o no, pero no podemos confirmarla en modo alguno. Ocurra lo que ocurra a bordo del Skylab, tendremos que hacer como hicieron en la Tierra: soportarlo todo, mientras nos sea humanamente posible. Se están buscando posibles filtraciones del exterior por donde pueda penetrar ese gas maldito. Recuerde, Iván, que, en teoría, esta nave es impenetrable.

—Sólo en teoría, por lo que se ve —sonrió irónicamente Iván Dmitrik—. Porque lo cierto es que la demencia ha entrado aquí. Se han visto monstruos, se ha asesinado a un hombre... y se ha herido seriamente a otro. Tres mujeres, como mínimo, sufrieron los efectos de algo que no es normal. Eso, llegó sin duda de alguna parte, comandante.

—Y en ese supuesto... ¿qué medio pudo ser utilizado para introducir el gas en el Skylab?

—No lo sé. Es lo que quiero averiguar, comandante. Y me ofrezco voluntario para ello.

Alexei Fedov enarcó las cejas, contemplándole asombrado. Las palabras de su compatriota, evidentemente, le dejaban desorientado por completo.

—¿Voluntario? —repitió—. ¿Para qué?

—Para encontrar al general Younger, si es él quien lanza a distancia el gas cyádico.

—Dmitrik, evidentemente está usted delirando. ¿Qué medio ve de intentar semejante búsqueda en el espacio? Esto no es una nave capaz de seguir un rumbo, sino simplemente una estación espacial, girando en zona orbital en torno a la Tierra.

—Pero dotada de medios para salir al exterior, a reparar la superficie externa del Skylab, o para patrullar en torno al mismo.

—Medios que sólo consisten en ligeros ***scooter*** espaciales... y tubos que, como cordones umbilicales, retienen a los ocupantes de la Estación sujetos a la misma, para evitar una pérdida definitiva en el vacío. ¿Qué espera lograr con eso?

—Comandante: albergo una segunda teoría.

—¿Otra? —se horrorizó su superior.

—Déjeme que le explique —señaló un mapa celeste, donde se marcaba, en trazo luminoso, la órbita seguida por el Skylab 2005, sobre el muro de la cabina—. Vea esto, comandante. Suponiendo que alguien, desde el espacio, pudiese proyectar mi cuerpo sólido, conteniendo el gas, en dirección a la Tierra, el resto de la maniobra seria fácil. Porque la propia atracción terrestre, una vez salvada la órbita, absorbería ese recipiente que, al alcanzar las capas altas de la atmósfera reventaría, por alguna causa mecánica, produciendo a la vez el chorro de «succión», o «pasillo» descendente hacia la superficie del planeta.

—Eso es teóricamente posible, si. Pero ¿adonde nos conduce, amigo mío?

—A esto, comandante: quien hizo eso, no tuvo problemas, como hemos visto. Sin embargo, sí los tendría para neutralizar el hermetismo del fuselaje del Skylab, introduciendo de algún modo el gas en esta nave, y logrando que, desde el vacio, el elemento gaseoso se dirigiera hacia nosotros, sin una fuerte atracción gravitatoria.

—Sigo sin ver adonde va a parar con tanto rodeo teórico, Iván.

—A un punto muy concreto: nuestro agresor, el ser que inyecta gas cyádico en nuestra atmósfera interior… está muy cerca del Skylab 2005.

Y el dedo de Dmitrik recorrió la órbita luminosa, sobre la carta celeste, señalando algunos puntos flotantes, de color rojo, que describían órbitas cercanas.

—¿Muy cerca? —insistió Fedov.

—Sí. Tan cerca, que puede ser cualquiera de los cuerpos celestes que flotan casi inmediatos a nuestra órbita. Rozándonos, como quien dice…

El comandante Fedov arrugó el ceño. Estudió el gráfico mural, con aire reflexivo. Por vez primera pareció sopesar el pro y el contra de las teorías complejas, obstinadas, de su subordinado y camarada.

Al fin, se resolvió a manifestar lentamente:

—En esas circunstancias, sólo recuerdo que exista una vieja nave inutilizada, bastante amplia y maltrecha, a causa de un choque con una ráfaga de meteoritos. Me refiero, naturalmente, a la nave de nuestro país, lanzada en 1990, la ***Salyutt 11***…

Y su dedo se posó, significativo, sobre un punto luminoso, flotante en órbita, muy cercano a la órbita constante del Skylab 2005. Aquella mota roja, luminosa, sobre el panel graduado del mapa celeste, azul intenso, pareció fascinar por un instante a Iván Dmitrik y a su superior.

—Exacto, comandante —suspiró Iván—. A ella me refería. La ***Salyutt 11***, destruida por los meteoritos en 1993… Creo que allí está nuestro enemigo mortal.

—Es una locura, Dmitrik…

—Insisto, señor. Solicito viajar, como voluntario, hacia los restos flotantes de la nave soviética ***Salyutt 11***.

—Permiso denegado, Iván Dmitrik —replicó fríamente Fedov.

* * *

No era habitual, pero el piloto Iván Dmitrik lo había solicitado, y se

estaba llevando a efecto.

Era una Asamblea de urgencia, convocada por motivos trascendentales para la vida a bordo. Así rezaba la solicitud firmada por Dmitrik, y ése era un derecho que no se podía negar a miembro alguno de la tripulación, conforme a las leyes Internacionales del Espacio.

El voto inicial de Fedov había sido adverso, pero el coronel Harriman y el convaleciente comandante Wong Lai habían votado favorablemente a la solicitud de Dmitrik, y estaba ya compuesta la asamblea general, con la presidencia de la trinca de mando a bordo.

Iván acababa de exponer su teoría, apoyándose en datos matemáticos orbitales respecto al ***Salyutt 11*** y el Skylab 2005. Había sido manejado también el informe electrónico de la computadora, con el nombre del general Younger. Ahora, sólo faltaba la decisión de la asamblea al respecto.

Primero, expusieron los presentes algunas objeciones. Las más importantes, fueron las de Velda Lane y el profesor Chang Hu.

—Resultaría suicida arriesgarse una persona sola en el vacío exterior —dijo Velda con energía—. Ya que el piloto Dmitrik solicita voluntariamente esa expedición, yo solicito ser compañera suya en la misma.

—Y también yo —corroboró el sabio chino—. Según lo que encuentre allí, imagino que el piloto Dmitrik precisará de la ayuda de la Ciencia. Tanto la Cibernética de la señorita Lane, como la mía sobre Bioquímica y otras especialidades.

—Somos ocho tripulantes con vida, actualmente. La salida de tres de ustedes, significaría quedar sólo cinco aquí, con dos mujeres y únicamente tres hombres formando el grupo. Creo que resultaría más adecuado que solamente dos personas formaran parte de esa expedición.

—Quizá la Bioquímica le resulte más útil que otra rama del saber, Dmitrik —insistió Chang Hu.

—Creo que la Cibernética es más importante —rechazó Velda—. Si hay alguien en esa nave abandonada, será una persona que utilizará los medios electrónicos para proyectar su arma letal contra los demás. Sobre el posible compuesto de ese gas, no necesita saber nada el que vaya a descubrir el misterio.

Fedov iba a rechazar el ofrecimiento, alegando que Velda era mujer, pero recordó a tiempo que allí dentro, todos eran iguales, a efectos de servicio, y enmudeció. Se puso a votación el asunto.

Se aceptó la petición de Dmitrik. Y el ofrecimiento de Velda Lane. Ambos serían los voluntarios encargados de salir al exterior y viajar en ***scooter*** espacial hacia una órbita próxima, en la que flotaba el viejo caparazón de metal arrugado de una nave rusa en desuso, vencida por las lluvias de meteoritos.

El comandante Alexei estrechó la mano a su amigo, con gesto grave.

—Personalmente, sigo desaprobando esa misión —dijo con frialdad —. Pero debo inclinarme a la opinión de la mayoría… y deseo suerte a ambos. Hasta pronto, amigos.

Era una despedida animosa, esperanzada y firme.

Pero Alexei Fedov, cuando los ***scooters*** se alejaron, flotando en el negro vacío eterno, sobre el manto de astros fulgurantes y la lejana esfera azul y brumosa de la infortunada Tierra, con aquella especie de plásticos cordones umbilicales de miles y miles de metros, unidos al Skylab, ya no estuvo tan seguro de que volvieran los dos alguna.

—Nos hemos quedado solamente seis personas a bordo —manifestó con voz ronca, contemplando las cada vez más diminutas figuras de Dmitrik y de Velda en la pantalla de seguimiento de maniobras exteriores—. Me preguntó cuál de nosotros mató una persona. Si no fue Dmitrik ni Velda Lane… solamente somos cinco seres, a merced posiblemente de un asesino loco.

Estaba hablando a solas, consigo mismo, junto a su compatriota, Nina Kedrovna, que se ocupaba de estudiar una serie de datos relativos a las atmósferas terrestre e interna del Skylab, sobre los tableros del gran cerebro electrónico.

Entonces crujieron los plásticos vitrificados, a espaldas suyas, zarandeados y golpeados violentamente sin duda por alguna persona de a bordo. Se volvió, sobresaltado, empuñando un arma automática, en previsión de cualquier peligro. Nina Kedrovna también giró la cabeza, alarmada.

—No, no se asusten… —musito roncamente la doctora Mai Kiang, en la puerta de la cabina de controles; y aunque su tez era olivácea, de raza amarilla, Fedov observó su intenso color lívido en estos momentos, que ni siquiera sus facciones raciales podrían disimular. La

doctora, además, empuñaba un cuchillo electrónico, con gran energía —. No es de mí de quien deben asustarse sino de... del asesino...

—¿Qué le ocurre? Parece que haya visto un fantasma, doctora. ¿Acaso... acaso ha sido víctima de alguna alucinación también usted, tras la que sufrió al creer que el comándame Lai era un monstruo peligroso?

—No, comandante Fedov. Esta vez, no. Pero mi... mi compatriota, el profesor Chang Hu... ***está muerto***... Le han asesinado allá, en el corredor de acceso a los almacenes de alimentos y material…

CAPITULO VII

Hierros retorcidos. Metal desgarrado, formas reventadas, aluminios y plásticos de siluetas violentas, allí donde había mordido el infortunio la envoltura de la nave.

Era todo lo que quedaba, flotando en la noche eterna de los espacios, de la ***Salyut 11*** soviética, enviada al cosmos quince años atrás. Y dentro, sólo oscuridad, como una fría prolongación del silencio eterno y sombrío del vacío estelar.

La lejana claridad azulada de la Tierra, como una gran luna brumosa, era todo lo que llegaba hasta allí. Los astros eran heladas chispas de luz como fondo a las siluetas brillantes de los dos astronautas, enfundados en sus pesados y espesos indumentos acolchados, color naranja el de Dmitrik, color amarillo violento el de Velda Lane.

Los ***scooters*** flotaron en torno a la nave olvidaba. Los cordones umbilicales de plástico bruñido que les unían a la distante forma del Skylab, situado en otra órbita, dibujaban caprichosas y lentas formas curvadas en el espacio.

Se miraron ambos, a través de los visores frontales de sus escafandras rojas. La voz de ella le llegó a Dmitrik a través de la tamizada suavidad de la intercomunicación, dentro de la escafandra de astronauta:

—Me recuerda los viejos cementerios de coches de la Tierra, Iván —dijo—. Pero esto tiene algo de sobrecogedor, aquí arriba...

—Sin embargo, es algo abandonado, como una vieja lata de

conservas en la superficie de un río de sucias aguas —comentó Dmitrik tristemente—. Son basuras cósmicas, Velda. Algún día, también se contaminará esto que nos rodea. Pero dejemos las divagaciones. Ten cuidado. Puede haber alguien ahí dentro. Un enemigo, en todo caso. Nuestro, y de toda la especie humana, si mi teoría es cierta.

—Puede estar en otros muchos sitios, Iván. Este no es el único desperdicio espacial que flota en torno a la Tierra, tú lo sabes...

—Lo sé —planeaban, hasta situarse sobre los desgarros de metal plateado. La ausencia de aire en el vacío cósmico, impedía que hubiera óxido en los residuos del satélite roto—. Pero es una idea fija. Creo que está aquí. Para atacar al Skylab, no puede hallarse muy lejos.

—¿Lo buscaría intencionadamente?

—No puedo responderte aún —la miró, pensativo, a través de la deformante plancha plástica de su visor frontal—. Sé tanto como tú sobre ello... pero pudo ser todo casual, como una afortunada casualidad para él. Y maldita para nosotros...

Hizo un gesto con su mano enguantada. Ella asintió, entendiéndole. Se situó tras él, flotando en el vacío su figura que deformaba el traje presurizado para viajes espaciales. En una mano, llevaban ambos un arma. Era lo único que podía surtir efecto en aquellos lugares, en caso de agresión por parte de alguien: un disparador de dardos que, a causa de un sistema de propulsión especial, podía proyectar con rapidez y contundencia una especie de largas agujas punzantes. Se utilizaba para amarrarse a ciertos cuerpos espaciales, para proceder a reparaciones en el exterior. Pero podía servir ahora para defenderse de cualquier persona que hubiera hecho del vacio su morada.

Dmitrik fue el primero en tocar con sus botas el suelo metálico del ***Salyut 11***, entre las desgarradas formas afiladas de su fuselaje, abierto por los impactos de meteoros. El interior era infinitamente menos amplio que el Skylab, quizá una cuarta o quinta parte. En aquel caso, solamente había llevado cuatro astronautas, y en condiciones de menor comodidad que lo hicieran ellos actualmente. De sus vidas, dos habíanse perdido a causa de la agresividad de los meteoritos.

Fugazmente pasaron esos recuerdos por la mente del joven piloto espacial ruso, cuando sus pies se posaron en el suelo metálico, adhiriéndose los magnetos de su suela al curvo y oscuro suelo. Pulsó un resorte en su cintura. Una luz especial se proyectó, en chorro repentino, hacia el interior de la nave.

Aunque pequeña, poseía suficientes recovecos en su interior para ocultar a una o más personas sin que fueran visibles por el momento. En especial, si ellos deseaban no ser vistos.

Miró atrás Iván, advirtiendo que la muchacha le seguía a muy corta distancia. Bajo la escafandra, el gesto del joven reveló preocupación. Hubiera preferido ir solo en aquel paseo espacial. Pero esa no tenía ya remedio. Eran dos, y debían afrontar en común todos los riesgos.

Avanzaron con la lentitud pesada con que se mueven siempre los viajeros del espacio, en sus presurizados trajes adecuados a tal misión. Eran igual que monstruosas formas hinchadas, florando en el océano oscuro de la nada.

Entre muros curvados, soportes metálicos, paneles de plástico o aluminio especial, con ventanas y mirillas a ambos lados, asomadas al espectáculo fantástico de la noche eterna del cielo, más allá de la Tierra, se movieron firmemente. Iván sentía todos sus sentidos muy alerta, como presintiendo la proximidad de algo o de alguien, de un peligro cierto, que podía acechar allá, en la sombra, en los rincones de la vieja nave rota y perdida que, como un cementerio de metal, como un destrozado ataúd de fulgurante color plateado, habían abandonado los hombres para siempre.

De súbito, hizo un gesto con un brazo. Se echó atrás, con toda la celeridad que su traje le permitía en el vacio, y que no era ciertamente mucha. Su voz llegó a Velda con un grito ronco de advertencia:

—¡Cuidado! ¡Allí...!

Los ojos verdes de la muchacha norteamericana, se clavaron en la oscuridad ominosa del interior de la ***Salyut 11***.

Una figura humana, confirmando acaso de ese simple modo todos los temores y teorías de Iván Dmitrik, se recortaba borrosamente entre metales retorcidos y formas convulsas y quebradas, bajo un formidable boquete, un desgarrón más en el fuselaje metálico.

Luego, algo centelleó en las penumbras frías del vacío.

Dmitrik había logrado empujar muy levemente a Velda, y él mismo se agazapó tras una arrugada viga metálica del maltrecho corredor de comunicación entre dos zonas del satélite soviético.

Un sibilante sonido rozó su escafandra. Algo centelleante se perdió en la noche sin principio ni fin, negra y helada, a espaldas suyas. Dmitrik estuvo seguro de que un elemento arrojadizo, alguna clase de

munición había estado a punto de hacer blanco en él.

La silueta humana, tan torpe y lenta como la de ellos mismos, se movió, pretendiendo acaso atacar. O huir. No pudo saberlo. Ni esperó a confirmarlo en modo alguno.

Dmitrik atacó. Su presión sobre el gatillo del arma especial que llevaba, la hizo dispararse súbitamente. Silbó más en sus oídos imaginativos que en la realidad de un espacio sin aire, el dardo disparado por el sistema especial de lanzamiento en el vacío.

El dardo salto, con una hebra de hilo plateado a su extremo, recto hacia la figura borrosa del interior de la nave abandonada. Y alcanzó a su blanco fatalmente. No podía ser de otro modo.

Dmitrik notó que se producía el chasquido áspero del impacto. El cuerpo se agitó, como presa de un sobresalto terrible. Frente a los expedicionarios del Skylab, la figura humana osciló, golpeando en los hierros rotos y astillados.

Un traje presurizado, perforado por un dardo afilado… Aparte la propia herida que hubiese causado en el cuerpo… el aire escaparía rápidamente de aquella envoltura. La presión interior sufriría un brusco cambio brutal, como el de un hombre sumergido a gran profundidad marina, que súbitamente y sin precaución alguna, saliera al exterior. El cuerpo humano, sometido a dos presiones antagónicas en pocos instantes, sufriría las trágicas consecuencias del hecho.

No había podido evitarlo. Estaba seguro de que, en el caso contrario, ellos hubieran terminado asesinados cruelmente por el misterioso personaje espacial al que se enfrentaban en aquella especie de desperdicio cósmico.

Ante ellos, el ser herido cayó pesadamente. Dmitrik se precipitó hacia adelante, seguido por Velda. Ya no fueron atacados.

Cuando alcanzaron al personaje del siniestro y negro traje presurizado, este yacía en un rincón de la nave rota, junto a un extraño objeto parecido a un cañón o proyector de metal azul, y un panel de mandos extraño, realmente manejable y portátil.

El personaje, bajo el tejido plástico de su traje color enlutado, mostraba un rostro lívido y sudoroso, tras el visor frontal de su escafandra. Un rostro por el que empezaba a fluir la sangre, cubriéndolo en gotitas menudas.

Aquel hombre sudaba sangre. Todo su cuerpo estaba

ensangrentándose con rapidez. Era consecuencia del brutal cambio de presión. Más sangre Huía por el agujero abierto en su pecho por el dardo, al atravesar las diversas capas de su equipo espacial.

Entre sibilantes sonidos de un micrófono situado en el exterior del atavío cósmico del desconocido, les llegó una voz susurrada, agónica:

—Me... me muero... Malditos sean... Lograron... darme caza... ¿Cómo supieron... cómo pudieron saber...?

—Simple deducción —replicó fríamente Dmitrik—. Una teoría personal. ¿Quién es usted? ¿El doctor Milburn, acaso? Parece haber envejecido mucho para ser él.

—Milburn... Milburn era mi hijo... víctima del gas de Jaffe Cyad... —susurró el herido—. Yo... yo soy el general Charles Francis Younger...

* * *

Era verdad.

El profesor Chang Hu yacía sin vida en el corredor. Le habían asesinado con un cuchillo eléctrico. Lo tenía clavado en el cuello, justo bajo su oreja derecha. La sangre había manado abundante y manchaba el suelo aséptico del Skylab.

El comandante Fedov y el coronel Harriman, cambiaron una mirada de abatimiento con el herido comandante Wong Lai. Ante ellos, la profesora Nina Kedrovna y la doctora Mai Kiang, parecían esperar algo, sin saberse a ciencia cierta el qué...

—Bien, señores —habló despacio el comandante Fedov—. Parece que uno de nosotros es el asesino, después de todo. Me pregunto si consciente o inconscientemente...

—Algunas personas quedan descartadas, comandante —habló con frialdad Wong Lai—. Por ejemplo: usted y Nina Kedrovna. Solamente quedamos tres sospechosos: la doctora Kiang, el coronel Harriman, y yo.

—¿Por qué dice eso, comandante? —protestó Fedov.

—Porque ustedes estaban juntos en la cabina de controles cuando la doctora les informó de su hallazgo. Y, por supuesto, la doctora pudo

haberle atacado, diciendo luego que halló el cadáver…

—No niego que pudo ser así —admitió la investigadora china—. Pero no lo fue. Yo no lo hice, comandante, aunque tras la agresión de que le hice víctima, ignoro aún por qué, espero no ser creída.

—Precisamente ése es el factor que me preocupa, doctora —habló apaciblemente su compatriota—. No le guardo rencor alguno. Creo que, en realidad, me atacó involuntariamente, presa de un ataque demencial. Pero igual pudo ocurrir esta vez. Y lo olvidó del mismo modo…

—Es posible que sucediera así, doctora —murmuró Nina Kedrovna —. Pero, según eso, tampoco quedamos fuera de sospecha el comandante Fedov y yo. Estuvimos separados unos minutos, no más de dos o tres, poco antes de llegar la doctora. Es suficiente tiempo para que él o yo hiciéramos esto…

En silencio, miraron todos el cadáver, que ya cubría Harriman, sombrío, con una tela plastificada, para proceder lo antes posible a envolverlo en una cápsula hermética y arrojarlo vacío. Era el procedimiento a emplear en tales casos. Ya había partido, en su ataúd flotante, hacia la eternidad estelar, el cuerpo del doctor Lomax, la primera víctima. Ahora le tocaba el turno al profesor Chang Hu. Dos científicos desaparecidos lamentablemente. Una tripulación minada y reducida, a través de una oculta mano criminal qué, posiblemente, ni siquiera era responsable de sus actos…

—Y ahora… ¿qué vamos a hacer? —susurró el coronel norteamericano.

—No lo sé —suspiró Fedov, amargamente—. Todo depende de lo que dé de sí el viaje al exterior de nuestros amigos, Iván Dmitrik y Velda Lane…

—Cuando menos, algo sabemos ya positivamente —dijo la doctora Kiang con un suspiro—: Ninguno de ellos es el asesino de a bordo…

Y de nuevo se miraron entre sí, llenos de temor, de recelos, de mutua incertidumbre. Como si los cinco personajes empezaran a sentir un irrefrenable miedo a sí mismos… o a uno de ellos, en concreto.

Pero… ¿a quién?

* * *

—General... Fue usted... le dieron por muerto, por calcinado su cadáver…

Dmitrik yací a de rodillas junto al caído. La sangre era ya una película escarlata, desagradable y siniestra, sobre la piel del hombre agonizante, roto por el brusco cambio de presión sobre su cuerpo. Se asfixiaba por momentos, pero era fuerte y resistía, en lucha desesperada contra lo muerte inexorable que aleteaba ya en torno suyo.

—Mi hijo... fue o la victima... —susurró—. Ese gas infernal, la estupidez de nuestra civilización, torpe y absurda... Entre todos mataron, aniquilaron a mi hijo... y yo me juré... matarles a todos ellos, en justa revancha. Hacerles sufrir igual que sufriría el, hasta perecer, demente y perdido en el espacio…

—General, es usted quien realmente enloqueció... pero no por culpa de ningún gas…

—Quizá. Quizá sea una forma de locura... desear el mal ajeno, el pago de los errores... No me arrepiento de nada... Incluso ustedes dos hubieran muerto... si tengo suerte al dispararles un proyectil desgarrador. Su traje hubiera ofrecido boquetes enormes.

—Hubiéramos muerto como usted está muriendo, general —le miró tristemente—. ¿Cómo pudo hacerlo? ¿Cómo le fue posible desencadenar el horror?

—Años y años… de estudios, de hallazgos electrónicos increíbles… Era mi viejo equipo de colaboradores... Ese cañón electrónico... puede proyectar a distancia el gas, situarlo sobre un gas más denso... y abrir éste con una descarga de ondas magnéticas, dejando paso directo al gas Cyad, del que guardé cápsulas suficientes para mi gran obra destructora...

—Quizá aún sea tiempo. En la Tierra luchan por sobrevivir. Hay núcleos a salvo...

—Lo sé… —su cabeza sangrante se agitó, dentro de la escafandra empañada por el aire penetrando dentro—. Hubiera arrojado... nuevas cargas para evitarlo... Ahora... podrán rehacerse, malditos sean...

—Lo que no puedo entender es cómo... cómo llegó usted con ese gas a nuestra nave, al Skylab 2005... ¡Allí no hay fisuras ni huecos, general...!

—No... pero los habrá... muy pronto...

—¿Qué? —jadeó Dmitrik, cambiando una mirada rápida con Velda Lane.

—Nunca... Nunca hubo gas demencial, dentro de su nave... pero se lo hice creer... Mi... mi fuerza mental... Me especialicé hace años en telepatía, en comunicación psicomental con personas especialmente débiles y sensibles a mis ondas mentales... que fortalezco y dirijo con ese mecanismo electrónico, adjunto a mi proyector de cápsulas de gas... Así pudo penetrar mi influencia en su maldita nave, último ejemplo y producto de la técnica de los humanos, pero no el gas de la locura...

—¿Fue... fue hipnosis telepática, quizá? —se estremeció Dmitrik, aturdido ante los poderes extraños de aquel hombre singular que moría a sus pies.

—Algo así. . Las… las mujeres son sensibles especialmente a esa proyección mental mía. Logré hacerles ver alucinaciones horribles... Una de ellas, en especial... llegó a matar... Lo ha hecho de nuevo al ausentarse ustedes...

—¡Cielos, no! —se horrorizó Velda Lane, muy pálida.

—Y ahora... ella, guiada por mi mente, por mis órdenes telepáticas ya transmitidas a bordo, amigos míos... ella... ganará para mí la última baza de mi venganza.

—¿Qué quiere decir? —tembló Dmitrik, temiendo lo peor.

—Ella... obedecerá mis órdenes transmitidas. Lo sé. Puedo captarlo en mi propia mente. Y ella... ella abrirá una escotilla de su nave, lo justo para que penetre la carga de gas que... que hace poco ***disparé*** hacia el Skylab 2005... con intención de acabar con ustedes, logrando que se maten entre si, presa de esa demencia que ustedes mismos desataron...

—Dios mío, Velda. ¿ha oído eso? Una orden de acción sobre una mujer… Un asesinato... y luego, una escotilla abierta, una carga de gas filtrándose en la nave... General, ¿ese gas... está ya en camino?

—Sí —una mueca final, siniestra y triunfal, asomó en sus labios, entre burbujas sanguinolentas—. Está... en camino... y no pueden detenerla ni... ni desviarla...

Cayó atrás. Sin vida. Había hecho su última hazaña vengativa. El hombre que desapareció del mundo, el que hizo del espacio exterior

su nuevo mundo y su madriguera, para preparar la más alucinante venganza de todos los tiempos... El general Younger, que había tomado revancha del final de su hijo, exterminando a toda la especie humana, o poco menos... e incluso iba a exterminar a los tripulantes del Skylab...

—¡Hay que hacer algo, Velda! —jadeó—. Avisa... avisa por radio al Skylab, pronto... Yo, entre tanto, haré algo que debió hacerse mucho antes, y hubiese evitado muchos horrores, sangre y crueldad desatada...

Velda comenzó a informar al Skylab, con urgencia, a través de su comunicación radiofónica.

Dmitrik, entretanto, con una serie de golpes exasperados, rompía todo el sistema electrónico, todos los mecanismos de disparo, inutilizando el cañón proyector, pero también el amplificador de telepatía del general Younger.

Sólo después de ello, se reunió coa Velda de nuevo, disponiéndose a partir. Observó en ella una mirada extraviada, llena de angustia, y una tensa palidez en su rostro.

—Iván... —musitó ella.

—¿Sí? —la miró, aprensivo.

—He dado mi informe... He transmitido todo lo que sucedió... pero no hay respuesta. No me confirman recepción del mensaje... Hay un raro silencio en el transmisor…

—¡La radio! —rugió Iván, exasperado—. La radio, Velda, ¿no lo entiendes? Aun moribundo, ese hombre logró... transmitir sus pensamientos a esa mujer de a bordo a quien ha convertido en un asesino activo, gracias a sus fuerzas mentales, contra la voluntad de ella... Y ella ha debido desconectar la comunicación con nosotros, fingiendo una avería... Después... después ella... abrirá esa escotilla... Dios mío, Velda... ¡Vamos, pronto! Quizá cuando lleguemos sea ya tarde... si es que llegamos alguna vez. Pero hay que intentarlo.

—¿Por qué dice eso? Tenemos el regreso asegurado...

—Siempre que alguien no corte desde el Skylab esos cordones umbilicales que nos unen a la nave, no lo olvide... ¡Y quien es capaz de matar y de abrir el paso al gas de la locura, por orden mental de otra persona, también lo es de separarnos por una eternidad de lo único que nos une realmente a la vida!

Sin esperar a más, los dos cosmonautas emprendieron el regreso en sus ***scooters*** espaciales, que jamás le habían parecido a Dmitrik tan desesperantemente lentos.

CAPITULO VIII

Ella miró, pensativa la radio silenciosa.

Estaba fingiendo repararla con rapidez, por orden directa de Fedov y de Wong Lai, pero todavía no había resultado alguno.

Lo estaba haciendo todo muy bien. Todo. El asesinato de Lomax, el de Chang Hu... Y ahora, esto: desconectar la comunicación con Velda y con Dmitrik... Fingir una avería súbita en el sistema de comunicaciones. No había sido difícil.

Después, estaba la orden recibida. La más imperiosa, la que dominaba todos sus actos en este momento...

La escotilla B. Era la adecuada. La escotilla B. Era fácil accionarla. Y por ella entraría la cápsula a bordo. Se estrellaría contra el enrejado del sistema de renovación y purificación del aire. El gas, liviano y sutil, penetraría, intangible, en la nave.

Luego... la demencia. El ataque mutuo, la furia homicida... La muerte.

Tenia que hacerlo todo. Punto por punto. Era la orden. Le dolía tanto la cabeza, cuando pretendía rechazar tales ideas, combatir aquellos pensamientos grabados en su mente, como si estuvieran impresos a fuego...

Era mejor obedecer. Entonces, se sentía liberada, feliz. Y contenta, satisfecha de sí misma...

Por el transmisor de a bordo, le llegó la voz de Fedov:

—¿Algo nuevo con ese sistema de radio... Nina Kedrovna?

Y Nina Kedrovna, astronauta soviética, mujer eficiente, fría y cerebral, experta en cien misiones parecidas, negó lentamente, con una sonrisa maligna en su rostro de mujer firme e inteligente:

—Nada, comandante. Estoy haciendo lo imposible. Espero que en pocos minutos, no más de ocho o diez, esté resuelto.

—Bien. Apresúrese cuanto pueda. Me temo que esté ocurriendo algo allá afuera... Sería terrible que no pudiéramos comunicar con ellos.

—Si, comandante.

Sonrió de nuevo, al enmudecer la voz de Alexei Fedov. Nina Kedrovna entornó sus ojos, brillantes y malévolos.

Ocho o diez minutos. Era todo lo que necesitaba. En ese período de tiempo, la escotilla estaría abierta, los cordones de contacto de los astronautas cortados definitivamente... Velda Lane y el joven Dmitrik se perderían para siempre en el espacio. Y ella habría dejado paso a! gas de la locura...

Sí. Era todo el tiempo preciso. Esos pocos minutos. Sin apenas saber lo que sucedía, la demencia criminal afectaría a todos los ocupantes de la nave, fatalmente.

Alguien, en alguna parte, se sentiría feliz de que sus órdenes mentales fuesen cumplidas al pie de la letra...

Nina Kedrovna estaba decidida a ello. Era su única meta. Su único objetivo.

* * *

Sólo cinco minutos para que el comandante Fedov insistiera sobre aquel sistema de comunicación que no funcionaba. Nina Kedrovna miró el control de navegación de los astronautas situados en el exterior.

Aún estaban alejados del Skylab. Sus puntos de luz, señalizando sobre el mapa celeste, se hallaban a medio camino de regreso. Los detectores electrónicos de sus ropas no permitían el error al localizarles.

Les faltaba, cuando menos, una hora o dos para estar de regreso a bordo. Para entonces, aquello sería el caos total. Y antes de eso, ya los cordones umbilicales del cosmos estarían rotos, alejando más y más los cuerpos de Velda y de Dmitrik en el vacío, hacia la eternidad, la muerte en el espacio, perdidos para siempre en la helada inmensidad negra.

Se detuvo. Miró el rótulo sobre el metal claveteado:

ESCOTILLA B. PRECAUCIÓN MÁXIMA.

Sonrió malignamente, como sonríen los locos. Allí estaba.

La escotilla. Tras ella, un compartimento estanco, un enrejado de expulsión de gases nocivos… que ahora, paradójicamente, serviría de entrada a otros. Junto con el sistema de acondicionamiento de temperatura interior, penetraría por todas las rendijas el gas de la locura, mezclado con el vacío exterior.

Bastaba presionar una moldura para abrir la tapa exterior de la escotilla. Luego, otro movimiento accionaría el sistema de succión. El gas penetraría, tras quebrarse su envoltura con el leve choque.

Cuando alguien se diera cuenta de ello, ya seria tarde. Demasiado tarde para intentar cosa alguna. Aquel gas estaría ya paralizando los centros nerviosos precisos, excitando los demás… y convirtiendo a los seres humanos en fieras irracionales…

Nina Kedrovna pulsó el resorte. La escotilla B comenzó a abrirse…

A espaldas suyas, sonó una voz dura, rotunda:

—¡Nina Kedrovna! ¿Qué es lo que está haciendo ahí?

Se volvió. El coronel Harriman la encañonaba con un arma de cargas explosivas, descompuesta la expresión. Había sido sorprendida.

Pero su modo de hablar fue calmoso, sereno, dueño de sí:

—Lo siento, señor. Llega tarde. El gas… está entrando ya en el Skylab…

Luego, se dispuso a atacarlo, para asesinarle. Es lo que su mente le sugería. Después de matar al coronel Mark Harriman, sería llegado el momento de actuar sobre los cordones de control y sujeción de la pareja de cosmonautas.

Mark Harriman, sorprendido, estupefacto, ni siquiera sabía qué hacer.

* * *

Cuando Nina Kedrovna intentó saltar como un tigre enfurecido, para despedazar al coronel Harriman con sus propias manos, aunque ella muriese en el intento, sucedió lo imprevisible.

Se abrió la compuerta de acceso al interior de la nave. Dos personas penetraron rápidamente en el corredor brillantemente iluminado.

¡Iván Dmitrik y Velda Lane habían regresado de su viaje espacial!

—No, no dispare, coronel —avisó—. Nina Kedrovna no es responsable de sus actos...

—¡Ustedes! —jadeó ella, exhibiendo sus dientes en una mueca de odio—. ¿Cómo pudieron hacerlo? ¿Cómo han regresado? ¡Sus puntos de luz magnética los sitúan a más de una hora de distancia del Skylab!

—Esos puntos de luz siguen allá, en el espacio —dijo Dmitrik fríamente—. Abandonamos nuestros detectores. Supuse que la engañaríamos, Nina.

—¿Saben ya...?

—Todo. Nina Kedrovna. Ha abierto en vano esa escotilla, muchacha. El gas nunca entrará aquí. Interceptamos la cápsula, adherida al exterior de la nave, esperando resbalar al interior de esa escotilla. Ahora está lejos de aquí..., flotando para siempre en el vacío. No hay cuerpo alguno que pueda atraerla para abrirse y extender el gas. Flotará así durante una eternidad, hasta que algún meteoro la reviente y expanda el gas en el vacío, donde terminará extinguiéndose... Era una pequeña carga, suficiente sin embargo para envenenar el aire todo del Skylab y terminar con nosotros...

—Es ella, Dmitrik... —jadeó Harriman, señalando a la muchacha rusa—. ¡Es ella la culpable!

—Sí coronel. Pero no está loca. Nadie lo está a bordo. Se lo explicaré luego. Ahora... ¡lo que conviene es salvar, cuando menos, la vida de Nina Kedrovna!

Y antes que ella pudiera intuirlo, Dmitrik le arrojó con fuerza un objeto metálico, que se estrelló en el cráneo de la joven. Ella gritó roncamente, y cayó al suelo del corredor dando volteretas hasta quedar inmóvil.

—Hecho —resopló Dmitrik, fatigado—. Ahora, tratemos de resolver todo esto, coronel.

—¿En qué forma? —dudó Harriman, cuando ya por extremo del corredor asomaba Alexei Fedov, sin duda por las voces y ruidos producidos allí.

—Ante todo, intentando rescatar la mente de Nina Kedrovna a una influencia maligna que por suerte ya no existe. Ella ha sido en todo momento un instrumento involuntario del mal dictado a distancia... Ya se lo explicaré, coronel. Ahora, tratemos de salvarla, borrando de

su mente todo pensamiento perverso... y haciéndola olvidar lo ocurrido, para que no se sienta jamás culpable de algo que no quiso hacer.

* * *

—Bien, Dmitrik. Se salió con la suya —suspiró el comandante Wong Lai—. Nos ha dado la solución al misterio, y también ha salvado nuestras vidas. Quizá, incluso, las de muchos terrestres. Muerto el general Younger, es posible que los focos de resistencia al gas de la locura, allá en la Tierra, se fortalezcan y puedan evitar la extensión total del veneno gaseoso. Cuando menos, habrá reductos luchando por la victoria final sobre ese gas. Y creo que lo conseguirán.

—También yo lo creo. Lo importante era salvar esos reductos —afirmó Dmitrik—. Y también al Skylab, que puede convertirse en el catalizador de ese futuro triunfo, dirigiendo las maniobras del planeta y actuando como un cuartel general desde el espacio, hasta retornar a la normalidad.

—Hemos salvado a Nina Kedrovna —comentó el coronel Harriman—. Se borraron sus recuerdos, con un tratamiento adecuado, y se le arrancó de la mente toda influencia ajena a ella misma. Se le ha explicado que una leve dosis de ese gas llegó a penetrar aquí, haciendo que nos matáramos entre nosotros mismos. La explicación del suicidio del profesor Chang Hu, como una víctima de la locura, tal vez no sea muy convincente, pero sirve para el caso. Ni en la Tierra ni aquí, tiene por qué saber ella jamás lo que realmente sucedió. Y espero, señores, que ninguno de ustedes lo revele jamás.

Hubo un general asentimiento. A bordo del Skylab iba ya regresando la normalidad. Paulatinamente, tras salir de la pesadilla vivida en la nave orbital, los actuales tripulantes de ella, solamente cinco, descontando a Nina Kedrovna, que reposaba aún en la enfermería, sometida a tratamiento psicomental, parecían dispuestos a seguir en sus puestos, luchando denodadamente por una victoria final en la Tierra, que devolviera cierta normalidad al ser humano.

Lo realmente importante, dijo Fedov, era evitar el apocalipsis total. Y eso, al parecer, se había evitado. El número de emisoras de aficionados y emisiones oficiales de gobiernos que iban controlando, con grandes bajas y terribles escenas de caos, la epidemia terrorífica llovida del cielo, eran más y más abundantes ya a bordo.

También lo eran los informes y mensajes del Skylab, su tarea coordinadora de la acción mundial por vencer a la locura gaseosa.

Era, cuando menos, toda una esperanza.

Y siempre ha valido la pena luchar por una esperanza...

* * *

—Dmitrik, ¿hablas en serio?

—Totalmente, Velda. El comandante Fedov ha dado su aprobación oficial. El coronel Harriman es el jefe de más graduación a bordo. A él le corresponderá casarnos.

—Pero, Iván... —los ojos de Velda se abrieron enormemente—. Yo..., yo te conté una vez mi vida y...

—Velda, no me importa en absoluto tu vida ni tu historia personal. Me importas tú. Y me importas desde hoy. Desde este momento. No quiero perderte. Esto no forma parte de ningún experimento biológico, aunque a veces esos experimentos resulten bien — sonrió, añadiendo —: Ya ves al comandante Fedov y a Nina Kedrovna. Van a unirse igualmente. El quiere ayudarla a salir para siempre de todo posible trauma, aunque ella ignore la verdad. Y creo que el comandante Wong Lai terminará uniéndose definitivamente a la doctora Mai Kiang

—Casi un final rosa... a bordo del Skylab 2005 —comento Velda, mirando a Iván con ojos muy verdes, muy bellos, muy profundos—. Si, acepto, Iván. Es hermoso lo que me ofreces...

—Velda...

—Iván, ni siquiera me has preguntado si te quiero. Sólo te preocupa demostrarme lo que tú me quieres... ¿Sabes una cosa?

—¿Cuál, Velda?

—Que, realmente..., te quiero. Te quise desde el principio... y allá, en nuestro paseo espacial, entre la muerte y la oscuridad eterna..., supe mejor que nunca lo que te amaba...

Se miraron profundamente a los ojos. Sus manos se oprimieron con fuerza, como símbolo de unión inquebrantable...

El Skylab 2005, en su vuelo orbital, seguía enviando instrucciones a la Tierra.

La lucha por la recuperación humana, estaba sólo en sus comienzos.

F I N